026 SEP 968
Acq. Dept., Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N. C. 27514
CF
O
C
SR
Carlos
HM61
.L4
sociologia.
Ed:
Vols:
, Tip. Universal, 1904
C
SR
1-28-69
Vendor:
Soberbia
Init:
LI
Item No:
Bs.35.-
Recommended By:
Y-LC
LC

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

HM61
.L4

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00021548988

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/elementosdesocio00leon

ELEMENTOS

DE

SOCIOLOGÍA

POR EL

Dr. CARLOS LEON,

MIEMBRO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA, PROFESOR DE LAS
CATEDRAS DE SOCIOLOGIA Y ECONOMIA POLITICA EN LA
MISMA UNIVERSIDAD Y FUNDADOR DE LA
CLASE DE SOCIOLOGIA

CARACAS
TIPOGRAFÍA UNIVERSAL
1904

ELEMENTOS

DE

SOCIOLOGÍA

POR EL

Dr. CARLOS LEON,

MIEMBRO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA, PROFESOR DE LAS
CATEDRAS DE SOCIOLOGIA Y ECONOMIA POLITICA EN LA
MISMA UNIVERSIDAD Y FUNDADOR DE LA
CLASE DE SOCIOLOGIA

BIBLIOTECA VENEZOLANA DE V. M. OVALLES CARACAS

CARACAS
TIPOGRAFÍA UNIVERSAL
1904

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL

LIBRARY

Al eminente literato

Don Julio Calcaño,

A mis discípulos,

fundadores del curso de Sociología en la Universidad Central de Venezuela en el año escolar de 1902 á 1903.

3340 77

Al insigne jurisconsulto D. José de Jesus Paul
Carlos Lévin

ALGUNAS LINEAS

Este libro necesita algunas líneas á manera de prólogo, tan extrañas son en lo general las condiciones intelectuales de nuestro país, que, á pesar de sus decantadas conquistas democráticas, está aún lejos de la libertad y la civilización bien entendida.

En mi vida de diarista, que fué larga y afanosa, tuve necesidad de estudiar las cuestiones modernas más diversas con el fin de llenar en conciencia mis deberes, y pude así abogar por el establecimiento de reformas importantes. Los estudios universitarios, sobre todo, estaban muy atrás en el movimiento intelectual del mundo, y en otro orden de ideas nos hallábamos como estacionados.

Cuando en 1874 pedí el establecimiento de la Córte de Casación, no pocos abogados exclamaron: ¿Y para qué la necesitamos?.. Hoy hemos adelantado algo, pero todavía encuentra el progreso obstáculos en espíri-

tus atrasados imbuidos en viejas preocupaciones. Parece esto mentira, pero es así.

Cuando ya establecida la cátedra de sociología en la Universidad dió comienzo á sus lecciones el señor doctor Carlos León, cierto profesor le censuró el haber aceptado aquella clase, y le agregó que lo que estaba haciendo con ella era acabar de corromper á la juventud que asistía á las aulas. ¿Qué quiere ser esto? Creo que para atacar así á un hombre respetable y entendido en la materia de que trata, es preciso lavarse los piés y el estilo, como decían vulgarmente los antiguos romanos.

La Sociología es la ciencia de la asociación de los espíritus, y tiene por principal objeto la investigación de los fenómenos especiales y complexos de la sociedad humana para procurarles remedio en provecho de todos y de cada uno. En este sentido la sociología tiene por principales auxiliares la psicología, la biología y la economía política, que al fin se refundirá en ella. La sociología, pues, viene á ser el estudio de la extructura y vida del cuerpo social, y no tiene por qué ni para qué ser enemiga de la propiedad, sino, antes bien, de los abusos, de las tiranías, de todas las injusticias irritantes y de todos los oprobios.

El sociólogo es uno como estadista liberal que trata de extirpar la servidumbre, de hacer la felicidad del proletario y de todos los ciudadanos, de establecer, en cuanto es ello posible, la igualdad ante la ley, la fraternidad y la libertad proclamadas por Jesucristo; una especie de médico que quiere curar el pauperismo, el alcoholismo, la corrupción, el crimen, con el intento de minorar los males que afligen á la humanidad.

El socialismo ha nacido de los estudios sociológicos, pero es sólo una secta con distinta tendencia, y se concreta á un fin determinado. Lo que caracteriza al socialismo, dice John Stuart Mill, es la propiedad en común, de los instrumentos y medios de producción, para todos los miembros de la sociedad, lo que implica que la división de los productos entre los dueños deba ser un acto público sugeto á reglas establecidas por la comunidad.

Con ser cosa distinta de la sociología, el socialismo no impone violencias, y es diverso del anarquismo y del comunismo impetuosos y enemigos de la propiedad. El socialismo trata sólo de implantar un sistema, considérese bueno ó malo, según el criterio de cada uno, para mejorar el estado social de las clases obreras.

Puede decirse que hoy estamos en un mundo nuevo, que por lo mismo requiere nuevos estudios, nuevas reglas y nuevas leyes.

El carbón de piedra, el vapor y la electricidad han obrado en el mundo una revolución poderosa. Han matado las pequeñas industrias, han privado á unos de ganancia, y reducido el salario de otros; hacen bajar el precio de la obra de mano; no abaratan el de los alimentos; concentran los brazos, prefiriendo los de niños y mujeres; forman poblaciones fabriles que en los momentos de escasez del trabajo sufren todos los horrores de la miseria y de la corrupción, y con los rápidos y gigantescos progresos de las industrias trastornan la vida y la organización social. De aquí los millones de millones de obreros sin subsistencias, la miseria de las grandes masas, á que se ha dado el nombre de pauperismo; de aquí el anarquismo, el comunismo y todos los desórdenes y atentados que preocupan á los pensadores y los obligan al estudio de este nuevo estado social que tanta influencia tiene en el orden público y en la estabilidad y verdadero progreso de las naciones.

Tan grave es la situación creada, que cuando el Papa, guiado por malos informes excomulgó á la poderosa asociación obrera de

los Estados Unidos llamada de « Los Caballeros del Trabajo », 70 obispos americanos encabezados por el Cardenal Gibbons redactaron un elocuente memorial que dirigieron á Su Santidad demostrándole lo que era la cuestión social y solicitando la revisión. El resultado fué que el Papa levantó la excomunión.

León XIII, antes de ser Papa, expidió una Pastoral como Arzobispo de Perusa contra los horrores que el pueblo sufre en las manufacturas, y en medio de su indignación pidió á los Gobiernos y á los Parlamentos que dictasen leyes que lograsen poner trabas á tan escandaloso tráfico.

Siendo ya Papa, en 1891, expidió la encíclica *Rerum Novarum*, acaso el documento más notable del siglo XIX, en que analiza la cuestión social, expone sus causas y sus efectos, lo difícil que es su solución, los peligrosos resultados que obra, y la necesidad de estudiarla y hacerle frente en el propósito de remediar los tres males primordiales que sufre el proletariado : el individualismo, la usura y el monopolio. El Papa rebate las soluciones propuestas por los comunistas y las sectas socialistas radicales que tienden locamente á cambiar la actual organización social con la supresión del derecho de propie-

dad, la cual es un resultado natural del trabajo bien organizado y de la virtud del ahorro; y condena el ansia desapoderada de riquezas, terminando por indicar lo que debe procurar el catolicismo.

Las asociaciones socialistas católicas de Alemania son ya muy poderosas, y á su frente están hombres como el Arzobispo de Maguncia. En Suiza el Arzobispo de Ginebra, en Inglaterra el Cardenal Manning y Monseñor Bagshawe fueron jefes del movimiento católico socialista, y poco más ó menos lo mismo acontece en los demás países, porque la cuestión social no es exclusiva de ninguno, y no es protestante, ni judía, ni mahometana, ni cristiana, sino universal, y aun puede decirse que el catolicismo es el que tiene mayor deber de procurar su solución, pues, sobre ser ella de interés universal, fué Jesucristo el primero que predicó la igualdad de derechos, la libertad y la fraternidad.

Combatir la sociología porque existen el comunismo, el colectivismo, el anarquismo y otras sectas nacidas de ella, es lo mismo que combatir el cristianismo porque existen el luteranismo, el calvinismo, el anglicanismo y otras sectas cristianas.

Que haya individuos á quienes el fanatismo de sus ideas extravíe al fin, como sucedió

al reformador Roberto Owen que tan buenos resultados dió en los principios con el sistema que implantó para mejorar la suerte de las clases obreras, no es razón ni motivo para abominar siquiera de los fundamentos de su obra.

Las sociedades de consumo y cooperativas inventadas en Inglaterra por los obreros de Rochdale y extendidas hoy á Francia, Inglaterra, España, Alemania y otros países para procurarse alimentos y materiales y prendas de vestir más baratos, demuestran con sus excelentes resultados, cuánto puede alcanzarse con el estudio del carácter y de las necesidades de las clases proletarias en los diversos países, pues no todos están en las mismas con diciones y necesidades, ni obedecen á los mismos entorpecimientos y vicios, por más que el mal sea general, y provenga en principio de las mismas ó semejantes causas. La investigación de estos males y su remedio son el objeto de los estudios sociológicos.

Bien que en la América Española no sintamos con tanta fuerza como en los centros europeos las consecuencias de tal estado social, no por ello es menos cierto que estamos obligados á prepararnos para prevenir con tiempo los conflictos del trabajo y con-

trarrestar los mismos efectos; y tampoco lo es menos que no existan entre nosotros la carestía y la miseria que flagelan á todos los pueblos del mundo en determinadas épocas. Investigar las causas de nuestro malestar social y económico, y procurarles remedio en el intento de prepararnos un estado mejor y un porvenir feliz, cuanto es deseable en el mundo, es la tarea que entre nosotros corresponde á estos estudios.

Estoy seguro de que el Dr. León encaminará sus lecciones al examen y resolución de nuestros problemas sociales.

¿Obedece á las necesidades urgentes del país el estado de nuestra instrucción pública? ¿Qué debe hacerse para mejorarla y propagarla? ¿Qué debe hacerse para remediar la miseria del pueblo? ¿Qué influencia ejerce el sistema arancelario de Venezuela en la situación de las clases pobres? ¿Qué sistema impondría menos sacrificios á la mayoría? En los sistemas protecionistas, ¿cuáles son, dadas nuestras condiciones económicas, los que pueden considerarse como negativos, y cuáles los positivos? ¿Qué debe hacerse con el fin de curar enfermedades sociales como el alcoholismo y el crimen? ¿Cuál es el número de los hombres que trabajan, y cuál el de los ociosos y el de los mal entrete-

nidos? ¿Qué conviene hacer para no presenciar el espectáculo de los niños menores de quince y de catorce años entregados antes de su desarrollo al trabajo ó á la vagancia y arrebatados á la escuela? ¿Es posible que formando ciudadanos ignorantes y raquíticos pueda abrigarse la esperanza de que en algún tiempo lleguen á ser útiles á la patria? ¿Cuál es la condición de la mujer entre nosotros, y cómo puede extirparse la corrupción de las costumbres? ¿Cuántas son las personas ocupadas en tales y cuales trabajos, y cuántos y por qué los incapacitados para el trabajo? ¿A qué causas obedece la decadencia de nuestra agricultura, y por qué es tan pequeña ó tan limitada la industria nacional? ¿Qué rumbos siguen entre nosotros las ciencias y el arte?

Sin estudiar y resolver estos y otros problemas fundamentales de nuestro estado social, con conclusiones legítimas y provechosas, no podremos fundar nada estable, porque para aplicar el remedio es necesario saber con certeza si la nación está enferma ó sana, aunque los intereses de los partidos políticos hagan difícil esta indagación, que debe conducir á fijar los períodos sanos y los morbosos de la República. Es esta una especie de patología social de que no pueden

prescindir los estudios sociológicos, antes bien constituye su fundamento, porque sin ella no se podría llegar al fin práctico que se propone, y que no es otro qué el bienestar de la comunidad.

Aunque la sociología es una ciencia relativamente nueva y de derroteros diversos, tanto camino ha hecho ya que poco le falta para condensarse y fijar con sabiduría sus doctrinas. El estudio del individuo, de la sociedad, de los pueblos y de las regiones, de las instituciones, las costumbres, la familia, las artes, la ciencia, las letras, el trabajo y el derecho, todo entra naturalmente en sus investigaciones, como se ve por este libro, porque todo se relaciona con la vida de la humanidad é influye en sus estados de atraso y de progreso. La labor es pesada y larga, pero sumamente útil.

El Dr. León no es de los que buscan el palacio de los prepotentes y esquivan el tugurio del obrero y la cabaña del labriego; joven, enérgico y de carácter altruista, continuará en la tarea que ha emprendido y no dejará de dar al país provechosos frutos.

Su libro, y la inteligencia y aplicación con que desempeña sus deberes, son una garantía de acierto en sus propósitos.

JULIO CALCAÑO.

ELEMENTOS DE SOCIOLOGIA

SOCIOLOGIA

CAPITULO I

DEFINICION

La Sociología estudia las acciones humanas, con el objeto de proporcionar al hombre el mayor perfeccionamiento moral y el mayor bienestar material.

Tres son los medios por los cuales se determina la característica social de las sociedades primitivas, es decir, de nuestros antepasados desde la edad cuaternaria, y son: primero, la masa considerable de los hechos geológicos y biológicos que nos dan á conocer la naturaleza del hombre primitivo; segundo, la suma creciente de materiales arqueológicos que nos enseñan mucho sobre su vida por las huellas positivas de su existencia; y tercero, el paralelismo general entre los rasgos de las sociedades primitivas y los de las sociedades inferiores de los hombres que se encuentran actualmente en estado salvaje. A este tercer medio corresponden los estudios etnográficos y etnológicos, los cuales tienen por objeto: describir, caracterizar y comparar los diversos pueblos y las tribus humanas existentes, y comparar entre sí las diversas razas respectivamente.

La Sociología, ciencia nueva, cuyo nombre le fué dado por el inmortal Augusto Comte, á quien cupo la gloria de haber sido el primero que la presintió como una ciencia aparte, y quien fué el primero que reconoció el campo que ella abarca é indicó en lo que ella consiste, cuenta entre sus obreros á los sabios más eminentes de todos los siglos.

Debido al vasto territorio que comprende, los sabios que se han dado á la gigantesca labor de explorarlo, aun no han terminado su tarea, en la que se han sucedido hasta hoy todos esos privilegiados cerebros que brillan como estrellas de primera magnitud en el hermoso cielo de la ciencia.

Entre los zapadores de esta ciencia, se encuentran allá en la cuna de las artes, de la filosofía y de la elocuencia, las eminentes figuras de Aristóteles y de Platón; porque si es verdad que Augusto Comte determinó los límites de esta ciencia, también lo es que la idea de que la vida de las sociedades humanas está, como todas las cosas, sometida á leyes, no es tan nueva como el nombre de sociología.

De aquí que al lado de los sabios griegos figuren los romanos, y junto con los trabajos de éstos, los de Vico, de Maquiavelo, de Rousseau, de Condorcet, de Saint Simon &., &., cada uno de los cuales ha dejado al obrero que lo ha relevado al rendimiento de la laboriosa jornada de su vida, los ricos frutos de su trabajo. Del precioso tesoro acumulado por todos estos hombres, es de donde los sociólogos modernos han podido sacar algunas conclusiones generales, comparando entre sí todo el rico material de hechos sociales que aquellos les han legado, clasificándolos, agrupándolos y coordinándolos para deducir por este medio el encadenamiento del pasado y las evoluciones futuras.

El terreno de la Sociología abarca todas las materias que las diversas ciencias sociales estudian individualmente, porque su propósito principal es estudiar el origen social de los grupos de fenómenos que aquellas comprenden, y las leyes sociales del desenvolvimiento de tales fenómenos; á ella afluyen con sus datos la Paleoetnología, la Etnología, la Etnografía, la Historia, la Economía Política, y otras ciencias más.

La Sociología estudia la humanidad tal como existe, sin remontarse para nada á los orígenes de ella, estudio que corresponde á la Paleoetnología.

Esta ciencia que estudia la historia del hombre antes de los documentos escritos, es la que nos enseña el origen de la humanidad, ó el hombre terciario, el desenvolvimiento de la misma ó el hombre cuaternario, y el hombre actual ó los prolegómenos de la historia.

CAPITULO II

METODO DE LA SOCIOLOGIA

Debido á que, como hemos dicho en nuestro artículo anterior, la Sociología es una ciencia que se encuentra actualmente en estado de formación, existen diversos métodos adoptados para su estudio.

Comte y Spencer han considerado á la humanidad como un organismo y le han aplicado por analogía las leyes fisiológicas que rigen á los seres vivientes, método este, que se ha desechado hoy, en virtud de que los diversos estudios antropológicos, paleoetnológicos, etnográficos y etnológicos nos enseñan que desde los tiempos más remotos se ha visto que la humanidad se compone de elementos étnicos heterogéneos, lo que ha hecho á los sociólogos modernos adoptar como punto de partida de los estudios sociológicos la infinita variedad de los elementos étnicos, y establecer netamente las relaciones que existen entre la Sociología y la Biología y entre la Sociología y la Psicología.

La base de todo estudio científico, es la observación en la más lata acepción de la palabra. La asociación psíquica fundada sobre las relaciones de semejanza es la única fuente y el único fundamento de la clasificación, de la abstracción, de la definición, de la inducción, de la generalización, del razonamiento, de la

deducción, de la analogía, y otras operaciones más que se reducen á asociar ideas que se asemejan ó difieren, ó se asemejan y difieren á la vez, y aunque es por medio de la observación como todas las ciencias comprueban las relaciones de semejanza y de diferencia de los fenómenos que estudian, cada una de ellas tiene su método particular; así vemos que hay ciencias como las Matemáticas que observan por simple intuición, y se llaman por esto intuitivas ó axiomáticas; otras observan en el sentido estricto de la palabra, como la Astronomía, y se llaman ciencias de observación pura y simple; otras observan por medio de la experiencia, como la Física y la Química, y se llaman ciencias experimentales; y otras ciencias observan por medio de clasificaciones, de comparaciones, de procedimientos especiales, y se llaman ciencias descriptivas, á cuyo grupo pertenecen las ciencias sociológicas.

La regla general del método sociológico es comenzar por la observación de los fenómenos sociológicos, para deducir despues de ese estudio, las leyes generales que rigen las sociedades, ó mejor dicho, dividir los estudios sociológicos en dos partes, la una esencialmente preparatoria que llamamos historia natural, y la otra deductiva, que llamamos ciencia natural de los fenómenos.

La primera parte, á la que corresponden los problemas de extructura y de crecimiento social, se divide en dos grupos: el que reúne los problemas de descripción, cuyo sujeto nos lo suministran los elementos y la organización actual de la sociedad; y el que estudia los problemas de la Historia, es decir, los problemas del origen de la sociedad y de su evolución hasta hoy. A la segunda parte corresponde el estudio del proceso, las leyes y las causas sociológicas.

El primer grupo descriptivo abraza los problemas de la población social, que son : primero, el de agregación ; segundo, el de asociación y mutuo auxilio; tercero, el del carácter social de la población; y cuarto, el de las clases en que se divide la población. Y el segundo, ó grupo histórico, comprende cuatro estudios á cada uno de los cuales corresponde una síntesis de fenómenos sociales, á saber : al primero, los fenómenos de agregación, de asociación y de cambios que resulten en el carácter y en la actividad de la población ; al segundo, los de evolución del espíritu social ; al tercero, los de composición social; y al cuarto, los de constitución social. A cada una de estas síntesis de fenómenos corresponde un período social, llamados, el primero, zoogénico, que comprende la vida animal ; el segundo, antropogénico, la transición del animal al hombre ; el tercero, etnogénico, el origen de la tribu, del clan, de la familia, etc. ; y el cuarto, demogénico, el gran desenvolvimiento de la constitución social.

CAPITULO III

FENOMENO SOCIAL

Se entiende por fenómenos sociales, las situaciones producidas por la cooperación de los grupos humanos y de las comunidades, considerando como elemento social estos grupos y estas comunidades, de modo que las combinaciones posteriores de estos elementos y las condiciones sociales que existen entre ellos y las colectividades que forman, son otros tantos fenómenos sociales, pero la cooperación de estos elementos y su influencia sobre el espíritu individual, no es un fenómeno social sino un fenómeno psíquico–social, tales son el lenguaje, la religión, &. &.

La tarea de la primera parte de la Sociología, es estudiar todos estos fenómenos sociales, y también los fenómenos psíquico–sociales, pues aunque estos forman ciencias independientes, tales como la lingüística, la sociología las estudia desde el punto de vista de ciencias sociales.

Esos diversos fenómenos constituyen las principales manifestaciones de la actividad humana, que debemos estudiar en las diversas razas, extendiendo también nuestro estudio á los fenómenos análogos observables entre los animales, para establecer mejor las bases de la ciencia natural de los fenómenos.

Y como el conjunto de todos los fenómenos sociales nos lo suministra el género humano, puede designarse á este, ó mejor dicho, á la humanidad, como el objeto científico de la Sociología, de modo que para establecer las leyes generales, debemos estudiar las diversas faces de la vida de aquella, ó sea su vida nutritiva, su vida sensitiva, su vida afectiva, su vida social y su vida intelectual.

CAPITULO IV

PROCESO SOCIAL

El proceso social comienza cuando dos ó más grupos heterogéneos, se ponen en contacto penetrándose mutuamente en su esfera de acción.

En el proceso social entran también los dos factores esenciales de todo proceso natural, que son, los elementos heterogéneos y la acción recíproca que estos elementos ejercen, los unos sobre los otros. Factores son estos que se encuentran tanto en el proceso natural sideral, como en el químico, en el vegetal y en el animal.

En el proceso social, los elementos heterogéneos son los diversos elementos étnicos, ó sea esas innumerables bandas humanas llamadas hordas primitivas, porque no obedecen sino á las inclinaciones más simples de su naturaleza animal, y cuyas condiciones de vida y de constitución social, no son aún la consecuencia de las transformaciones sociales.

En virtud de la necesidad natural de atender á la conservación de la existencia, el hombre tiende siempre á mejorar su situación material, lo que consigue sometiendo á su servicio los elementos débiles que encuentra en su radio de acción.

El modo como un elemento étnico obliga á otro á concurrir á la satisfacción de sus necesidades, varía según el grado de cultura intelectual de los grupos que

aquella necesidad pone en contacto, por lo que vemos que la horda primitiva, que se encuentra en la faz más inferior del desenvolvimiento intelectual, emplea lo que podemos llamar una verdadera caza de hombres, y cada grupo singenético, utiliza los miembros de otro grupo, como alimento; de donde se deduce que la primera causa de disminución de las innumerables tribus humanas se debe precisamente á la antropofagía, costumbre que ha existido en toda la superficie de la tierra y entre todas las razas humanas.

En un grado ulterior de desenvolvimiento, se reconoció que se podían aprovechar mejor los miembros de los grupos extraños, utilizando sus servicios, por lo cual el elemento étnico más fuerte luchaba por someter á su dominio al más débil, el cual, si no era sometido y en consecuencia esclavizado, era destruido. Muchas veces razones de conveniencia llevaban dos grupos á aliarse entre sí para dominar á un tercero, y estos fenómenos que tienen lugar en pequeña escala entre las tribus primitivas, los vemos repetirse entre las Naciones más civilizadas con la sola diferencia de que entre estas se disfraza con un ropaje de fórmulas, de las cuales han prescindido últimamente como lo hemos visto por los procedimientos empleados por Alemania, Inglaterra é Italia en el curso de este año, para pillar nuestras arcas nacionales.

Esto nos enseña que los fenómenos sociales, aun en lo infinito del pasado, son esencialmente análogos, y de aquí *la Ley de la perpetua identidad de la esencia de las faces sociales*, que nos da la clave por medio de la cual podemos encontrar en el dominio del natural proceso social, la infinita y larga serie de faces que se han producido entre los principios más remotos del género humano sobre la tierra y los primeros albores de la edad histórica.

CAPITULO V

ELEMENTOS SOCIALES

Dijimos que el proceso social comenzaba con el contacto de dos ó varios grupos sociales heterogéneos que se penetran recíprocamente en su esfera de acción, de modo que un grupo social heterogéneo ó elemento étnico permanecerá en su estado primitivo, mientras no sea solicitado á obrar por la influencia de otro grupo ó que él mismo no ejerza alguna influencia sobre éste.

Nosotros consideramos como elementos sociales, las innumerables bandas humanas cuya situación misma constituye un fenómeno social elemental, y no nos damos á estudiar cómo se han producido esas bandas porque no es esta materia de nuestro estudio, desde el momento que el objeto de la Sociología es estudiar el desenvolvimiento social y no su factor étnico, el cual, aunque desempeña un papel muy importante en la formación de las sociedades, estas constituyendo como constituyen un fenómeno nuevo é irreductible, se sobreponen á él.

La Sociología, siendo como es un estudio real de las sociedades, de su formación, de su mentalidad, estudia el modo cómo se forman, cómo se mantienen, cómo evolucionan y cómo se disgregan y mueren éstas.

No existe una cuestión científica sobre la cual haya habido y existan todavía más divergencias que la cuestión de considerar á la humanidad como unidad geológica ó como dividida en razas ó tribus.

Los filólogos la dividen según las diversas lenguas, los historiadores y los etnógrafos, según los diversos criterios con que aprecian la historia y el desenvolvimiento de la civilización, y los antropólogos, según los criterios fisiológicos y anatómicos, la han dividido en tribus y en razas, ó sea en grupos heterogéneos que no existen hoy en día en el sentido que la ciencia da á esta palabra, debido á los efectos infinitamente variados de los innumerables cruzamientos étnicos verificados durante la larga noche de los tiempos prehistóricos ; sin embargo, antes de abordar la Sociología, debemos coordinar el género humano para determinar los grandes tipos más ó menos homogéneos de esa mezcla confusa de razas, y como en esta cuestión todo es arbitrario, todas son apariencias y no se encuentra un terreno sólido ni un punto de partida fijo, porque la antropología anatómica está todavía en su faz preparatoria; los sociólogos han procedido un poco á la aventura tomando por guía los grupos de caracteres á fin de disminuir las probabilidades de errar; y así teniendo solamente en cuenta los rasgos más característicos, han agrupado los tipos de la humanidad en tres grandes divisiones : el hombre negro, el amarillo y el blanco, cuyas diferencias tanto antropológicas como psicológicas son perfectas.

Pero como por las razones arriba expresadas hemos visto que las razas naturales no existen hoy en el sentido extricto de la palabra, la raza actualmente, no es sino una unidad producida por el desenvolvimiento social, de modo que ella no es un

producto del proceso natural, sino un producto del proceso histórico, y de aquí que hoy no hablemos sino de razas históricas, que, considerándolas en sus caracteres psicológicos generales, han sido divididas en cuatro grupos: 1º Las razas primitivas. 2º Las razas inferiores. 3º Las razas medias; y 4º Las razas superiores; bien entendido que esta clasificación reposa, como la clasificación anatómica, sobre la comprobación de un pequeño número de caracteres irreductibles y fundamentales.

Las razas primitivas son aquellas entre las cuales no se encuentra ninguna clase de cultivo intelectual, y que no obedecen sino á las inclinaciones más simples de la naturaleza, tales son las hordas que habitan las montañas de Borneo, la mayor parte del Africa ecuatorial, la Tierra del Fuego y algunos territorios inexplorados de la América del Sur; estas hordas se encuentran en el mismo grado de animalidad que el hombre del período paleolítico, y lo distingue de las demás razas su mayor ó menor incapacidad de razonar, es decir: de asociar en su cerebro las ideas producidas por las sensaciones pasadas, ó por las palabras que las expresan, y las ideas producidas por las sensaciones presentes, su mínima dósis de atención y de reflexión, un gran espíritu de imitación, una débil capacidad para observar y deducir los resultados útiles de la observación, una extrema inmovilidad de carácter y una gran imprevisión.

Sobre estas razas están las inferiores, las cuales son capaces ya de rudimentos de civilización.

Las razas medias, son aquellas que no han alcanzado aún el grado de civilización en que se encuentran las razas superiores, las cuales las componen los pueblos más civilizados.

Estas razas no sólo se diferencian de la primitiva y de la inferior por sus caracteres anatómicos y psicológicos, sino también por la diversidad de los elementos que las forman; así vemos cómo mientras entre las razas inferiores, todos los individuos que las componen, aunque sean de diferente sexo, se encuentran casi al mismo nivel intelectual, se asemejan todos, y viven en un estado de perfecta igualdad, entre las razas superiores la igualdad de los individuos que las componen no es la regla; de modo que la superioridad entre las diversas razas artificiales creadas por las condiciones históricas, consiste en la superioridad de las clases superiores que las componen, pues las diferencias entre las clases medias, casi no existen.

La igualdad que en las razas primitivas existe entre todos los individuos que las forman aunque sean de diversas razas naturales, es debida á que en todos los séres humanos existe un fondo común, una impresionabilidad análoga que inspira á todos ellos ideas y sentimientos que les son comunes; así vemos que entre la infinita variedad de los elementos étnicos de que se compone la humanidad, existen costumbres análogas, tanto en los actos de su vida nutritiva, como en los de la sensitiva, en los de la afectiva &., lo que es debido á la organizacion fisiológica del hombre.

CAPITULO VI

RAZAS

En nuestros capítulos anteriores hemos dicho que la Sociología no se ocupa de estudiar el origen del hombre, tarea que corresponde á la antropología. La doctrina de la descendencia humana reposa en pruebas pertenecientes al dominio de la biología y de la geología. La Sociología acepta las conclusiones de estas ciencias y estudia si los primeros hombres fueron parejas aisladas ó nacidas de una pareja única, ó si la trasmisión del estado animal al hombre se efectuó por grupos sociales enteros. La hipótesis de hacer descender á la humanidad de una pareja única, ha sido brillantemente combatida por la ciencia y desechada hoy por absurda; y tanto los estudios biológicos y geológicos como los arqueológicos nos prueban que nuestros antepasados vivían como los salvajes actuales, en grupos que denominamos hordas primitivas y que consideramos como el elemento social más simple. Y aunque debido á los infinitos cruzamientos étnicos, hoy no existen las razas en el sentido que la ciencia natural da á esta palabra, por no existir cepas humanas que se encuentren en el estado completo de homogeneidad de las bandas primitivas, podemos muy bien llamar razas : á los gru-

pos y comunidades étnicas y aun sociales heterogéneas que, en la lucha que sostienen los unos contra los otros, son los propagadores del proceso histórico.

La Sociología para estudiar mejor á la humanidad, no teniendo en cuenta sino sus más resaltantes diferencias, la ha dividido en tres grandes grupos, que llama : la raza blanca, la raza amarilla y la raza negra, diferencias que consisten en el color de la piel y en la forma y capacidad craneal.

La raza amarilla es la más numerosa y ocupa la mayor parte del Asia, y también se encuentra su tipo en la América y en la Polinesia.

El segundo rango numérico lo ocupa la raza blanca, que habita toda la Europa, el Asia menor, la Arabia y el Afghanistan y se extiende también hasta la India.

El último rango, tanto en el orden numérico como en el psicológico y en el fisiológico, corresponde á la raza negra que puebla el Africa y también la Melanesia ; pero los negros de este último lugar casi han desaparecido en el día, victimas de la brutalidad europea.

Los habitantes de la América del Norte y parte de los del sur y el centro, han sido considerados como formando una cuarta raza á la cual han llamado raza roja.

Debido á la crueldad de los conquistadores de América, los indígenas de ésta tienen hoy menos importancia que los negros africanos, pues los poderosos imperios del Perú y Méjico y las demás tribus que existían, cuya organización social nos indica el grado de civilización en que se encontraban, fueron completamente destruidos, ó mejor dicho, sacrificados á la criminal ambición del bestial español.

Los españoles, á quienes debemos todas nuestras desgracias por los hábitos, costumbres y educación que nos legaron, lo destruyeron todo sin reconstruir nada. Producto híbrido de todas las razas, España, que sólo alcanzó nombre y gloria cuando un Monarca extranjero se apoderó de su trono, ha sido completamente inepta para la colonización como infecunda para las ciencias, pues ella sólo ha producido pocas aptitudes artísticas, las cuales acompañan raras veces á la fuerza de la inteligencia y á la rectitud de la razón.

Ahora bien, como hemos visto que los caracteres anatómicos, ó al menos los que nos enseña la antropología anatómica, no permiten sino divisiones generales muy sumarias, y al mismo tiempo las diferencias que existen entre los grupos de una misma raza natural son tan flagrantes que resaltan en todos los actos de su vida y en todas las páginas de su historia, como puede verse en la historia de Italia y en la de Inglaterra, los sabios han apoyado la clasificación de esos diversos grupos en los elementos psicológicos que forman el espíritu de cada uno de ellos, haciendo de él una unidad, una raza.

Esos elementos psicológicos son los caracteres morales é intelectuales cuya asociación forma el espíritu del grupo, y representan la síntesis de todo su pasado, la herencia de sus mayores y los móviles de su conducta.

Tales grupos forman lo que llamamos razas históricas, es decir, creadas por el contacto de dos grupos étnicos heterogéneos, debido ya á los matrimonios exógamos, ya al azar de las conquistas, ya á las inmigraciones, ya á las alianzas etc. lo que produce una mezcla de individuos de orígenes diferentes.

Una de las cuestiones más importantes de la sociología, por ser la llave principal de la solución del proceso natural histórico, es el estudio de la formación de la raza histórica, y para llegar á él y estudiarla mejor, debemos empezar por descubrir cuál es el lazo que une entre sí á los factores de esos grupos étnicos y nos los hace aparecer como una raza.

El sentimiento por el cual un individuo se siente más íntimamente ligado á un grupo de hombres que á otro, y que es la causa del singenismo, es decir, de ese fenómeno que consiste en que en la vida social, cierto grupo de hombres estrechamente ligados entre sí obren siempre como un solo factor, nace de la educación y de la costumbre; en efecto, para que consideremos á un individuo como factor de un grupo, es necesario que sea hijo de uno de los miembros del grupo, que se haya creado en medio de él, y que por consiguiente tenga sus mismos hábitos, su mismo lenguaje, su misma religión, sus mismas ideas, etc., lo que hace nacer entre él y todos los demás miembros del grupo, cierto interés común que es lo que forma el lazo que los une entre sí.

Estos grupos singenéticos simples, son, como lo hemos visto ya, los elementos de donde parten las acciones sociales; y para que la raza histórica se forme, es indispensable la existencia de ellos, pues, como hemos dicho, ella nace de su cruzamiento.

Pero no siempre sucede que estos diversos grupos, al ponerse en contacto por cnalquier circunstancia, se fundan en una nueva raza, como se vé en la India con los ingleses, y entre nosotros con los alemanes que forman la Colonia Tovar; pues para que la nueva raza histórica se forme al ponerse en contacto dos grupos sigenéticos heterogéneos, se requieren tres condiciones esenciales, que son: Primera, que la desigualdad numérica de los

grupos que se ponen en contacto no sea muy grande, porque en tal caso el grupo más numeroso se absorbería al otro. Segundo, que no haya una gran diferencia de caracteres psicológicos entre ellos, porque si ella existe, resulta un producto híbrido completamente incapaz de crear y aun de continuar una civilización; y

Tercera, que la nueva raza permanezca durante largo tiempo en un mismo medio, pues destruyéndose por el cruzamiento los caracteres psicológicos heredados, es el medio el que edifica de nuevo y fija con la ayuda del tiempo los nuevos caracteres psicológicos.

De modo que sólo cuando estas tres condiciones se han cumplido es cuando se forma una nueva raza histórica.

CAPITULO VII

HORDA PRIMITIVA

La sociología en su propósito de estudiar la característica social del hombre primitivo, se ha visto obligada á abrirse camino por medio de los más difíciles análisis científicos, reconstruyendo con los raros vestigios que existen aquí y allá, en la tradición de los pueblos civilizados, la imagen de los elementos primordiales de la comunidad social, hasta llegar á la horda primitiva.

Vimos que uno de los tres medios que existen para determinar aproximadamente aquella característica, es el paralelismo general entre los rasgos de la sociedad primitiva y los rasgos de las sociedades inferiores de los salvajes actuales, aunque ninguna sociedad actual está tan baja en la escala de la evolución, como lo estaban las primeras sociedades humanas ; pues ninguna sociedad es hoy completamente homogénea, y todas pueden ser consideradas como heterogéneas, porque las relaciones sociales que existen entre sus diversos factores, no son solamente objetivas como los hábitos de asociación, sino también subjetivas: es decir que ya están ligadas por las ideas, los sentimientos y un interés común que es lo que las distingue de las asociaciones de animales. Hay numerosas razones para aceptar este paralelismo.

Así, por ejemplo, las creencias y las costumbres de los pueblos civilizados contienen numerosas remembranzas de las creencias y las costumbres que existen actual-

mente entre las comunidades salvajes, y los restos más antiguos de la industria humana muestran que los hombres paleolíticos tenían las mismas costumbres que los salvajes de nuestros días.

Estudiando las diversas costumbres de los grupos étnicos, grupos que por no obedecer sino á las inclinaciones más simples de la naturaleza y no ser aún su constitución mental el resultado de transformaciones sociales y de encadenamientos especiales, llamamos horda primitiva, y en general, las costumbres de las comunidades actuales de todos los hombres que viven en estado salvaje y los que viven en estado bárbaro; es como podemos comprender mejor la evolución social.

En nuestra Goagira los indios llamados Cocinas, y que son verdaderos ladrones, se encuentran en tal estado, viven en pequeños grupos, entre los cuales no existe aún ninguna manifestación de la división del trabajo social, ni aristocracia, ni castas, ni esclavos; se alimentan de la caza, de la pesca ó del robo; sin agricultura, sin animales domésticos, devoran, según sus necesidades, raíces, larvas, etc. y moran en ranchos, en cuevas ó en los huecos de los árboles, son muy belicosos y andan armados de rayas, que es una espina del animal de este nombre, que envenenan con un compuesto que hacen de cabezas de culebra, sapos, cienpiés y otros reptiles venenosos que ponen á podrir al sol hasta que encuentran que el veneno está bueno; entonces untan con él estas espinas y de ellas se sirven para herir en la guerra á sus contrarios; no existe ningún principio de autoridad ni de Gobierno entre ellos, ni se les conoce ningún culto; abandonan sus muertos y viven en estado de promiscuidad, son muy desconfiados; y, como las demás tribus los cazan como animales y los desprecian infinitamente, se ven forzados á usar contra estas el engaño, la traición y el robo.

En la guerra, al avistar al enemigo, lanzan una vocería espantosa como para amedrentarlo, jamás combaten de noche, esperan el alba para acometer, y toman sus medidas y establecen sus emboscadas durante aquellas; en el combate no están reunidos, de aquí que el combate sea individual. Su lenguaje es muy pobre y suplen las palabras con la acción; acostumbran pintarse el cuerpo con rayas negras y coloradas, y sólo usan como vestido el guayuco.

Por lo expuesto se ve que en el seno de nuestra misma Venezuela se encuentran hombres que viven en el estado bestial, ó de horda primitiva, pues ya hemos visto: que por esta se entiende el grupo de individuos que no obedece sino á las más simples inclinaciones de la naturaleza, y no el grupo de los primeros habitantes del globo.

Hoy sólo existen muy pocos habitantes en el estado de horda primitiva, y puede decirse que sólo se encuentran en la Tierra del Fuego, en los Montes Rocayosos, en las márgenes del caudaloso Amazonas, en las islas Adaman, en la Bahía de Bengala, en la Isla de Borneo, en el Africa, los Bosquimanos, y en la isla Ceylan los Vedas.

Estas mismas hordas, aunque no viven en comunicación con las otras de la misma raza, que hablan la misma lengua y que se encuentran en el mismo estado de cultura intelectual, sí mantienen algunas relaciones, pues muchas veces bajo la influencia del temor se reúnen temporalmente en gran número para defenderse; también se reúnen para repartirse los recursos extraordinarios que encuentran, para emigrar y para hacer la guerra, y estas relaciones modifican el carácter y el estado mental de cada una de ellas.

CAPITULO VIII

LA TRIBU

Actualmente existen dos tipos de sociedades humanas: las étnicas y las demóticas. Las sociedades étnicas son agregados genésicos cuyo lazo social es un parentesco ó real ó ficticio, y las sociedades demóticas son asociaciones ligadas por relaciones habituales de interés mutuo sin tener en cuenta los origenes ni las relaciones genésicas.

Las sociedades étnicas se dividen en tres grandes clases según el grado de cultura que hayan alcanzado. La horda primitiva constituye la primera clase.

La segunda la constituyen todas las sociedades en las cuales varias hordas se han fundido en una comunidad más vasta, más definitivamente organizada, y ocupan un territorio delimitado, hablan la misma lengua ó dialecto y tienen conciencia de su unidad, etc. Estas comunidades que forman ya pequeñas sociedades unidas y organizadas compuestas de grupos sociales más importantes que una simple familia, son una Tríbu.

Y es esta segunda clase de sociedades étnicas las que podemos considerar, como un tipo constante, y tomar de cierta manera como unidad, para medir el desenvolvimiento social.

En Venezuela existe un gran número de este tipo de sociedades.

Tanto el Territorio Goagiro y el Catatumbo como el Delta superior y el inferior del Orinoco y algunos Distritos del Estado Maturín se encuentran poblados de indígenas, distribuidos en tribus con diferentes nombres, las cuales ocupan lugares determinados y llevan relaciones de comercio entre sí y con los demás habitantes de la República.

Estas tribus alcanzan en la Goagira al número de diez y seis, y en el seno de ellas mismas se distinguen los diversos grupos singenéticos añadiendo al nombre de la Tribu el de un animal, que consideran como su protector y les sirve de distintivo.

Las diversas tribus llevan los nombres siguientes:

Alpurianas, Urianas, Jarariyúes, Epieyúes, Jilunues, Ciyuanas, Piesiés, Secuanas, Urariyúes, Ipuanas, Parsayúes, Acariyúes, Pusianas, Yusuayúes, Sapuanae, Sapuanas.

Cada una de ellas esta gobernada por un Cacique y ya creen en la vida futura, creencia esta, que es el germen de todas las religiones.

Cuando muere un indio no acostumbran inhumarlo, sino que lo colocan en los árboles en una especie de troja, y cuando el cadáver se ha descarnado, los parientes lavan los huesos, los colocan en sacos ó canastas, los cuelgan del techo de sus chozas y dicen que el difunto ha ido á reunirse con sus parientes y amigos. Si la muerte ocurre estando algún miembro de la familia ausente, á su regreso, aun cuando haya ocurrido mucho tiempo del fallecimiento, los parientes y amigos se unen al recienvenido para llorar, lo que hacen colocándose en rueda abrazándose unos con otros y recordando las cualidades del difunto.

No se les conoce ningún culto, pero sí existe una casta de individuos á quienes distinguen con el nombre

de Piaches y ejercen el oficio de médicos y de hechiceros.

Los Piaches les anuncian todos los sucesos prósperos ó adversos, y ningún indio emprende ningún viaje ni ninguna obra sin consultarlos primero sobre el bueno ó mal éxito de su empresa ó viaje. Estos indios conocen la virtud de ciertas plantas con las cuales curan á los demás en las enfermedades. Sus profecías las hacen encendiendo unos hacecitos de leña, yesca ó algodón, y según la dirección que toma el humo impulsado por el viento así predicen lo bueno ó malo para el que consulta.

El poderío del Cacique no existe realmente sino durante la guerra, y sólo alcanza el poder el indio que se distingue por su valor y riquezas.

El Cacique es quien organiza y conduce la Tribu al combate, pero está obligado á pagar á los deudos de los que mueren la sangre de los muertos, pues es bajo tal condición que los miembros de la Tribu le acompañan en sus excursiones guerreras.

Todas estas tribus son matronímicas, y el que ejerce la patria potestad es el tío materno; están formadas de diversas parcialidades semejantes á las de los clanes de Escocia, y el lazo de unión de estos clanes es el matrimonio.

El indio tiene pleno derecho sobre su mujer, pero ésta puede separarse de él cuando lo quiera, pues no existe ninguna formalidad para el divorcio.

Aunque la esclavitud no existe, la mujer tiene á su cargo toda clase de trabajos. Los hombres sólo se dedican á la caza y á la guerra, y á aquellas ocupaciones que les sirven de diversión, tales como la construcción de enjalmas, arganas, sudaderos, cabezadas para las bestias, cabestros de cerda, sogas, y varios otros artícu-

los propios para sus monturas, pues son excelentes ginetes y gustan mucho de andar á caballo.

Todas estas tribus son polígamas, y la sola voluntad de uno de los cónyugues basta para que el divorcio se verifique; sin embargo, es muy raro que éste tenga lugar por la voluntad de la mujer, porque las indias son muy fieles, adictas á sus esposos y amorosas con sus hijos, hasta el extremo de que la mayor parte de ellas se suicidan cuando los hombres las abandonan.

La india no puede casarse hasta cierta edad, y cuando esta llega la encierran en la choza y anuncian á las diversas tribus que hay una india casadera, para que la pidan en matrimonio; y al presentarse novio éste celebra un contrato de compra con el tío materno de la novia; al entregar el precio queda verificado el matrimonio y adquiere el comprador todos los derechos de marido. Los matrimonios se celebran siempre con fiestas.

Todos los indios se consideran iguales y son muy dados al trato familiar; reúnense con frecuencia en sus rancherías, usan en sus reuniones un trato llano, franco y festivo, y se convidan para comer novillos y bailar.

En sus danzas forman una gran rueda en que se mezclan ambos sexos y de ella van saliendo las parejas al centro, donde hacen varias piruetas al són de su música, la mujer toma grande empeño en enredar y hacer caer á su pareja, para lo cual pone en juego toda clase de artificios, y si consigue su objeto es muy aplaudida y reemplazada por otra que toma el mismo empeño.

En sus visitas el visitante se introduce en el rancho sin dirigir la palabra á los dueños, á quienes toca hacerlo, y si no lo hace, aquel se va inmediatamente, porque el silencio le indica que su presencia no es grata, pero si le dirigen la palabra éntra en familiaridad con sus visita-

dos y hace uso de todo lo que encuentra en la choza como si fuera propio.

Sólo los Jefes son considerados, y á los ancianos los tratan con suma veneración; por lo demás, no reconocen categoría en el trato, y lo mismo tratan al rico que al pobre; la única diferencia que establecen es con los cocinas, á los que cazan como animales feroces y cuando los hacen prisioneros los someten á su servicio.

Son muy desconfiados, y aunque muy pedigüeños y muy aficionados á las bebidas fermentadas y alcohólicas, no toman estas sin que antes las pruebe quien se las brinda.

Aunque la caza y la guerra son sus ocupaciones favoritas, algunas de estas tribus se dedican á la cría y á la pesca, otras á la cría, á la agricultura y á la pesca, y estotras á la agricultura y á la cría; también se dedican á algunas industrias, así las mujeres tejen hamacas y telas de algodón que mezclan con lanas de diferentes colores, las cuales negócian con los habitantes de los Estados colindantes.

La propiedad territorial no existe entre ellos y sólo tienen el usufructo de la tierra que cultivan, la cual abandonan cuando la tribu cambia de lugar, lo que hacen con frecuencia.

El indio desde muy pequeño se adiestra en las maniobras de la guerra, y toda su educación la constituyen la carrera, la lucha y el manejo del arco y el fusil. Aprenden á evadir las flechas del enemigo enfrentándose dos de ellos y dirigiéndose cerotazos que evaden ladeando el cuerpo hacia los lados, ó retrocediendo ó avanzando, según los lances.

El cerote es una varilla que tiene en uno de sus extremos una cabeza formada con cera ó de mapora y es arrojada con al arco.

Visten guayuco como los Cocinas, usan además una manta de algodón tejida por sus mujeres, llevan como sombrero la tequiara, y cíñense una gran faja á la cintura, de donde pende el cuchillo ó puñal. El vestido de las mujeres varía según su estado; cuando son doncellas usan el guayuco, muchas sartas de corales y cuentas cruzadas por las espaldas, y pulseras y collares en los brazos, cuello y piernas; después de casadas visten la misma manta que el indio, pero sin la tequiara, y se ponen gargantillas de coral y cuentas de oro con algunas prendas del mismo metal, tales como sapos y otros animales que adquieren de sus vecinos y que estos fabrican con el objeto de vendérselos. Ambos sexos se pintan el rostro con rayas negras y coloradas.

Aunque la justicia es muy rudimentaria, pues tanto la muerte como el robo sólo se castigan con el pago que el agresor hace á la familia del agredido, ya vemos que la tribu entera toma á su cargo el hacer efectiva la pena, y esta es la principal causa de las guerras, pues á cada tribu se la hace responsable del delito cometido por uno de sus miembros, y si esto no obliga al agresor á verificar el pago, inmediatamente se declara la guerra.

También es muy digno de observar que ya entre estas tribus se encuentran establecidas ciertas leyes de derecho de gentes de las cuales nunca se apartan en sus guerras. Antes de abrir hostilidades, la tribu enemistada con otra le pasa palabra que llaman *la guerra*, avisándole el día en que piensan acometerla á fin de que se prepare para el lance. Cuando se avistan los contendientes se lanzan vociferaciones espantosas, con el fin de amedrentarse mutuamente, y esto lo llaman vocearse. No combaten nunca durante la noche. El modo de librar la batalla es muy original, pues al disparar el tiro vuelven la espalda para cargar de nuevo el arma, y al

punto avanzan de nuevo para hacer el disparo sin tomar puntería.

En sus festines usan, además de los tambores y del canto, la música de viento, cuyos instrumentos consisten en una especie de pitos hechos de carrizos, de los cuales sacan una sonata monótona y triste.

Las tribus que habitan el Delta superior del Orinoco se encuentran casi en el mismo estado de cultura intelectual que las que acabamos de describir.

Las principales son: la de los Banibas, la de los Puinabos, la de los Guahibos, la de los Piacoas, la de los Maquiritares, la de los Macos, la de los Barés, la de los Pasimoniaris, la de los Quarequenas, la de los Carusanas, la de los Cabres, la de los Azenenis, la de los Macuenis, la de los Barias, la de los Mandavacas, la de los Ainaoñas, la de los Coriubanas, la de los Misataris, la de Uarifanes, y la de los Taparitos.

La mayor parte de estas tribus obedecen ya á las autoridades constituidas, aunque cada una de ellas tiene su Cacique, los que habitan con ellas en sus ricas y frondosas selvas y obedecen siempre al llamado de las autoridades, á las que son muy obedientes.

Todavía conservan mucho de las costumbres de sus antepasados, y á pesar de que la mayor parte de ellos han recibido las aguas del bautismo, continúan profesando el culto de sus mayores, pues aun no comprenden las intrincadas ideas del culto católico.

Creen como los australianos y como los hotentotes, cafres y pieles rojas, que sus bosques están poblados de espíritus malignos, que llaman dañeros, y se los imaginan como una multitud de enanos destinados únicamente á hacerles mal.

En el propósito de evitar sus venganzas les dejan comida en los ranchos para que la coman durante la noche.

Unas de estas tribus tributan culto al sol y á la luna, y todas ellas creen en la misteriosa institución del Botuto ó trompeta sagrada, que no se hace oír sino al acercarse el diablo á un poblado para castigar á las mujeres delincuentes; y la vista de este instrumento mata de repente á la mujer que osa mirarlo, y ay! de la infeliz que quiera infringir la ley, pues para no hacer mentir la predicción la sacrifican sin piedad. Se cree que las ceremonias de esta institución, fueron inventadas por la astucia marital de los indios á fin de mantener á sus mujeres en una sujeción y obediencia pasivas cual si fueran esclavas.

Todas las tribus creen en la vida futura y no temen la muerte.

Todas ellas no tienen las mismas prácticas con sus muertos, pues los banibas, por ejemplo, los entierran, mientras que otros los colocan en la superficie del suelo y los cubren con piedras de manera que les penetre la lluvia, y cuando se han descarnado lavan los huesos y los ponen en canastas ó vasijas de tierra que depositan en cuevas naturales como lo hacen los piaroas, ó los entierran en sus casas ó los cuelgan en los techos de las mismas, pero siempre junto con todo lo que les ha pertenecido.

Son monógamos, y basta el simple consentimiento de las partes para que el matrimonio se verifique. La mujer, aunque no se considera como esclava, pues en estas tribus no existe la esclavitud, es la que hace todo desde el casabe y mañoco, alimento preferido del indio, hasta manejar el canalete, sembrar el conuco y tejer los chinchorros.

El indio, cuando se siente muy solo, sale á buscar mujer, de la cual no se separa sino con la muerte, porque en estas tribus no existe el divorcio.

La virginidad de la mujer no es estimada, y la Uaritcha ó mujer soltera es tan libre que puede disponer de su cuerpo como quiere; más es reservada y fiel cuando casada.

Es tal la fidelidad que se guarda al esposo, que cuando una viuda quiere contraer matrimonio, le hacen cruzar los brazos sobre la cabeza y le dan latigazos que debe sufrir sin quejarse; después la obligan á morderse la punta de la lengua hasta que se le ponga morada, y entonces se la pican por debajo y con la sangre que corre le lavan la punta de los pechos.

El paso de la pubertad á la edad viril se celebra con fiestas, y en algunas tribus estos regocijos son sangrientos.

Al menstruar las mujeres por primera vez les dan tres latigazos debajo de los pechos, y durante tal período no pueden ellas tocar las armas de los hombres ni estar junto de estas.

Tanto el padre como la madre muestran un gran amor por sus hijos, pero tan pronto como estos pueden sobrevenir á sus necesidades se desentienden de ellos.

Ya en estas tribus está establecido el patriarcado, derecho que adquiere el padre por medio de la cubada, la cual consiste, en que en el acto de parir la india el indio se mete en la hamaca con la criatura y se abstiene de comer ciertas viandas, y es á él á quien le corresponde recibir las visitas, mientras que la india está en sus ocupaciones habituales.

El padre al salir le da al hijo el nombre del primer animal que encuentra.

Estas tribus viven de la caza y de la pesca, y todas ellas son agricultoras; también se dedican á varias industrias, como hacer chinchorros que adornan con vistosas plumas, extraer el aceite de copaiba y sobre todo el caucho que constituye hoy su principal comercio.

Todos estos indios, á pesar de sus relaciones con el hombre civilizado, prefieren la vida de sus selvas, en las que viven en perfecta libertad, aunque, como ya he dicho, obedecen á las autoridades de las diversas poblaciones y siempre ocurren al llamado de estas. Sólo una de estas tribus se distingue por su ferocidad y es la de los Guaraibos.

En el Delta inferior y en lo que se llamó Grande Estado Bermúdez, se encuentran los Guarahunos, los Palencias y los Caribes.

El idioma y costumbres de los Palencias y los de los Guarahunos son muy distintos; aquellos viven en chozas levantadas por ellos mismos en caseríos y pueblos, y separados en familias ó en los campos, donde tienen sus plantíos, pero como no existe entre ellos la propiedad territorial se les ve á menudo abandonar sus caseríos y conucos, sobre todo cuando son azotados por alguna epidemia y muere de ésta alguno de la familia ó de los vecinos. Esta tribu acostumbra enterrar sus muertos, se dedica á la cría de aves de corral y á la agricultura, y aunque obedece al Gobierno del Estado, para cumplir las disposiciones de éste es necesario que las órdenes le sean comunicadas por sus casiques. Ya visten ropas blancas como los demás habitantes de la comarca. Los Guarahunos, que son muy indolentes, viven á la intemperie ; la mayor parte de sus viviendas las constituyen unas que otras pencas de temiche que colocan sobre las ramas de un árbol; sin que tan rústica guarida les guaresca de la acción del aire ni del sol. No acostum-

bran enterrar á sus muertos como los Palencias, sino que los colocan en una especie de canoa hecha de chaguarama, y por medio de un tejido de bejuco embalan el cadáver y lo cuelgan de un árbol; obedecen también á la autoridad del Estado, pero para ello necesitan que las órdenes les sean comunicadas por sus casiques, que son los representantes de cada tribu y á quienes están subordinados en todo, tanto en religión como en reglas generales de conducta.

Ambas tribus son monógamas, y castigan el adulterio con la muerte de ambos delincuentes. El matrimonio lo celebran ante el casique, y lo contraen al cumplir la india diez años; no se separan de su esposa sino con la muerte, y el compromiso entre ellos es sagrado, Creen en la vida futura y en el Ser Supremo.

La mujer es huraña y hosca, no se deja ver por los extraños, y si lo hace es á impulso de su marido ó de su hermano, pero estos rehusan presentarlas á aquellos con los cuales no tienen bastante confianza. Son exageradamente celosos y el respeto entre ellos es base de estabilidad en sus costumbres y afectos.

No conocen la guerra armada con propensión á destruirse, pero sí la de la intriga y zizaña; cuando heridos por alguno de sus compañeros, ya por celos ora por quisquillosidad fundada ó infundada, viven en un enojo eterno.

El Guarahuno vive de la caza y de la pesca, ni cría ni siembra, viste de guayuco y hace grandes escursiones para conseguir alimento.

La tenaz persecución de que han sido víctimas, los hace desconfiar del hombre civilizado.

Los Caribes han desaparecido en su mayor parte, á causa de las muchas epidemias que han sufrido, y sobre todo después de la última plaga de langosta que acabó

con todos sus plantíos. Los pocos que quedan han perdido sus antiguos usos y costumbres y han adoptado los nuestros.

Todos han recibido el agua del bautismo y también la de la civilización. Son suaves por naturaleza y ya han adoptado nuestro vestido.

Los pocos que existen, habitan las costas de "Guaripa" y un pequeño pueblo formado por ellos mismos que llaman "Mamo." Tienen un Jefe principal que distinguen con el título de Gobernador. Son monógamos y practican todos los ritos del cristianismo, pero lo que rige es el patiarcado.

Su profesión habitual es la caza, pero también se dedican á la agricultura y especialmente al cultivo de la yuca, aunque también cultivan otros cereales.

Algunos poseen animales domésticos, mas la propiedad territorial no existe entre ellos.

En todas las demás Repúblicas de América, se encuentran habitantes más ó menos en el mismo estado intelectual que los que hemos descrito. En la de Colombia existen en las riberas del Iza las tribus de los Orejones, Tacumas, Carijonas, Coreguaye, Tanas y Uitotes. Los Orejones se encuentran en la edad de piedra, creen que sus bosques están poblados de espíritus malignos, y construyen unas especies de ídolos para alejarlos; no usan como traje sino una faja de mimbre, y no sólo tienen agujereadas las orejas, sino también el lóbulo y las alas de la nariz. Viven en comunidad en grandes caneyes que construyen de palma, y generalmente se cree que son antropófagos; acostumbran rodear sus habitaciones de cráneos colocados en extremidades de estacas.

La lengua que hablan los Carijonas es igual á la de los Rocuyanos de las Guayanas, y su vestido consiste en

una coraza de arcos de madera reunidos con bejucos, que les cubre el abdomen hasta la base del pecho, y por delante les cae un pequeño delantal de corteza; llevan día y noche tan incómodo vestido hasta que se les cae á pedazos. Todas estas tribus son polígamas, y creen que si las criaturas al nacer ven un blanco se enferman y mueren.

La más salvaje de estas tribus es la Uitote, la cual es antropófaga.

En la República del Ecuador podemos mencionar, entre las tribus existentes, las de los Yumbos, los Sunos, los Ohas, los Zaparros, los Dahuas, los Archidonas y asimismo la de los Orejones, cada una de las cuales obedece á un Jefe, que es generalmente el indio más potente de la tribu; la mayor parte de ellos viven desnudos ó usan apenas guayucos, y sus armas, que consisten en flechas, lanzas y cerbatanas, son de madera, por lo que algunos exploradores los consideran inferiores á los hombres paleolíticos.

Estas tribus son todas pacíficas, y muchos indios han recibido las aguas del bautismo, no obstante lo cual carecen de toda creencia religiosa.

Son polígamos, y carecen de todo afecto, pues se ve que tanto el padre como el hijo son abandonados cuando los ataca alguna enfermedad contagiosa, bien que cuando mueren de una enfermedad no contagiosa entierran los cadáveres; y si el muerto es un hijo que vive aún con sus padres, estos abren un hoyo al pie de un árbol y en él echan el cadáver cubriéndolo apenas de tierra, y después de beber el cachirí se acuestan sin dar muestra alguna de dolor.

Algunas de estas tribus, como los Archidonas, colocan al muerto en la posición de las momias peruanas, y en lugar de enterrarlo lo cuelgan de los techos de sus

ranchos, donde atan al rededor del cadáver los manjares predilectos del difunto.

No conocen ni los más rudimentales medios de curar, y cuando les aqueja una enfermedad rara, dicen que están hechizados, y los amigos del enfermo dan muerte á la persona que el enfermo indica como su hechizador; igual costumbre tenían los australianos, y la conservan todavía algunas tribus del Africa, lo que confirma la afirmación de los sociólogos de que el hombre en el estado primitivo no cree en la muerte natural y sólo considera ésta como el resultado de un maleficio ó de un asesinato.

En las Guayanas inglesa, francesa y holandesa, se encuentran las tribus de los Galibis, los Oyampis, los Rocuyanos, los Emerillones, los Bonis, los Saramaca, los Yuca, los Uayana, los Calayuas, los Apuruis, los Tríos, los Apalais, los Carijonas, los Acurais, los Aukan, los Neurague, los Kirikiriscoto, los Taruma, los Arawak, los Panogotos y los Apalaoi, las cuales no han llegado á constituirse aún en nación étnica, y no obstante que llevan relaciones comerciales con el mundo civilizado, conservan sus antiguas costumbres, porque la civilización no ha penetrado aún en las ricas y hermosas selvas que habitan dichas tribus; sólo uno que otro de sus mensajeros ha llegado hasta ellas.

Cada tribu obedece á un Jefe que llaman Tamuchy, y aunque muchas de ellas han desaparecido ó están al extinguirse, los pequeños grupos que existen conservan su Tamuchy, cuyo poder es hereditario; creen que sus bosques están poblados de diablos, y que las enfermedades provienen de hechizos, por donde las profesiones de curandero y sacerdote las ejerce un mismo indio á quien llaman Piay (piache). No tienen grandes afectos, pues cuando los azota alguna epidemia abandonan no sólo los

muertos sino también los enfermos y van á establecerse á otro lugar, bastante lejos del que han abandonado. Por lo demás acostumbran quemar sus muertos, pues sólo los Oyampys y los Galibis los entierran; pero dejan siempre pasar unos días antes de la inhumación: los Oyampis abren una fosa muy profunda, aunque sólo tiene un metro de longitud, y meten en ella al muerto verticalmente, con los brazos, las piernas y la cabeza doblados como el feto en el vientre de la madre; los Galibis antes de enterrarlos los conservan una semana tendidos en un chinchorro, debajo del cual ponen un cacharro para recoger en él el líquido que sueltan las carnes en descomposición, y, cosa horrible, los futuros (piaches) Piays, es decir, los estudiantes de medicina, han de probar su fuerza de voluntad y energía de carácter bebiendo una maceración de hojas de tabaco y de quinina á la cual se agregan algunas gotas de este jugo de cadáver.

Todas estas tribus creen que después de la muerte el espíritu de los buenos y el de los malos se remontan al cielo al cual llaman Kapun; que los primeros se elevan mucho y mucho más allá de las nubes, donde encuentran mujeres hermosas, bailan todas las noches, beben cachirí, que es su bebida favorita, y no trabajan en los plantíos; y que los segundos se detienen debajo de las nubes, en donde corren siempre sin esperanzas de subir jamás; y es esta la razón porque la mayor parte de estas tribus, como lo he dicho ya, queman sus muertos para que el alma del difunto se remonte con el humo. Sólo al Piay no se quema nunca, sino que lo colocan en una poza de dos metros de profundidad, la cual abren en medio de una choza, y luégo de pintar el cadáver de rojo le adornan la cabeza con plumas de los más vivos colores, ciñéndole á la frente una corona de escamas de caimán, que es el emblema de la soberanía. A su lado colocan

las armas necesarias para su defensa, y todos los objetos de uso, pues se cree que su espíritu queda á su lado, adonde los demás Piays, los hombres y los animales van á consultarle.

Dan en honor de los muertos dos fiestas que llaman el Pono y el Tulé; para la celebración de la primera todos los hombres se cubren de largas tiras negras de tauars, que parten del cuello, y de una especie de birrete, se reúnen y formando luégo una rueda, sólo uno permanece de piés con un látigo en la mano de cuerdas de ocho metros de largo, y se pone á dar vueltas sobre sí mismo golpeando el suelo con el pie derecho, y luégo, levantando el látigo, echa el cuerpo atrás, hace un movimiento brusco, y arranca á la cuerda un chasquido semejante á un pistoletazo. Cada indio produce por turno estas detonaciones.

Para la fiesta de Tulé los hombres se ponen coronitas de plumas, y en el hombro, á modo de charreteras, dos plumas de arás rojo, tocan flautas de bambú y formados en círculo se ponen á dar vueltas sacando á sus flautas sonidos graves y tristes, balanceando sus cuerpos sobre la pierna derecha, con cuyo pie golpean cadenciosamente el suelo. Estas fiestas se celebran al mes y al año de la muerte, respectivamente, pero cuando es una mujer la que muere no se celebra nada.

Son polígamos: el indio que se casa con una mujer que tiene varias hijas se considera como el marido de estas también. Rige entre ellos el matriarcado pues el hombre sigue á la tribu de la mujer y el matrimonio no se verifica sin que el marido no se establezca en la tribu de su esposa.

Antes de casarse los novios sufren el suplicio del maraké el cual va precedido de un baile, y consiste en que tres hombres cogen al novio, el uno le sujeta las piernas,

el otro los brazos y el otro le echa la cabeza atrás. Entonces el piay le aplica al pecho los aguijones de un centenar de hormigas que están sujetas por medio del cuerpo á un enrejado de junco. Estos instrumentos de suplicio representan un animal ó un ave fantástica. A continuación aplican á la frente del paciente otro enrejado lleno de avispas, y luego hacen que unos y otros insectos les piquen alternativamente todo el cuerpo. Terminado el suplicio llévanle á su chinchorro, y una vez en él le amarran fuertemente con unas cuerdas trenzadas que cuelgan del uno y el otro lado, y encienden debajo un poco de fuego.

Los jóvenes que han sufrido el maraké han de continuar en el chinchorro 15 días sin comer otra cosa que un pedazo de cazabe seco y unos pececillos asados en las brasas.

Las mujeres ya son mejor tratadas que en las otras tribus, y sólo se dedican á los trabajos domésticos. Cuando van de viaje llevan cataures como los hombres, pero mucho menos cargados.

Todas estas tribus son agricultoras, pero no existe entre ellas la propiedad territorial; viven generalmente en chozas, y cuando van de viaje cuelgan sus chinchorros en los lados de los triángulos que forman tres perchas colocadas en pabellón.

No llevan otro vestido que dos pequeñas pañoletas que les penden de un cinturón. El resto del cuerpo se lo pintan de achiote con rayas negras; las mujeres usan además collares; sólo en las fiestas se ponen los hombres colosales sombreros adornados con plumas de bellísimos colores. Son muy dedicados al dibujo, y se encuentran en estas regiones muchas piedras grabadas con geroglíficos, con tal primor que una de estas fué examinada por una comisión franco portuguesa; cuando los portugue-

ses, para hacer valer sus derechos en el territorio comprendido entre el Amazonas y el Oyapok, pretendieron haber hallado una piedra grabada, que no era sino un antiguo mojón de límites, en el que sostenían haber reconocido las armas de Carlos V. Se comprobó que los grabados eran geroglíficos hechos por los indios.

Se alimentan de la caza y de la pesca, y sobre todo con cazabe, y asimismo acostumbran la cubada como los indios del Orinoco.

En las demás Repúblicas americanas, como el Perú, el Brasil y la Argentina, se encuentran tribus cuyos hábitos, costumbres, religión, gobierno, etc., son más ó menos los mismos que los de las tribus que hemos descrito.

En Europa ya no existen las sociedades étnicas; todas las naciones que componen este continente pertenecen á las sociedades demóticas, pues aun cuando entre los elementos que componen las diversas razas que lo pueblan, existen algunos cuya contitución mental no está más desarrollada que la de las tribus en que venimos ocupándonos, ello es debido á que la desigualdad entre los diversos individuos de una raza es tanto más grande cuanto es ella más elevada.

No sucede lo mismo con el Africa, que á pesar de que una de sus naciones fué considerada como cuna de la civilización, y la antigüedad de sus monumentos la hace aparecer como madre de la arquitectura, casi todos los habitantes que la pueblan forman en el segundo tipo de las sociedades étnicas. La Argelia y Marruecos, último refugio de los restos de los bereberes, que forman la cuarta rama de la raza blanca, aunque dominados por la Europa, no constituyen siquiera una nación étnica, y se hallan aún distribuidos en tribus. La demás superficie de este continente está poblada por la raza negra, la cual

se encuentra en algunas partes cruzada con los musulmanes que llevaron hasta ella la religión del profeta. Las tribus cuyos hábitos, costumbres, religión y gobierno nos son más conocidos, son las siguientes: los Cafres, los Gabones, los Achantíes, los Bambaras, los Mandingas, los Timanies, los Felatahs, los Katungas, los Kaimas, los Bussas, los Monbuttus, los Kurankos, los Makololos, los Sulimas, los Kimbundas, los Tuarekes, los Niam–Niam, los Vakisinga, los Bongos, etc., etc. En todas estas tribus el poder es ejercido por un déspota absoluto, cuya autoridad está temperada, aunque raras veces, por un consejo de representantes de los diversos grupos que forman la tribu, los cuales en verdad no ejercen ningún poder, pues el Rey no está obligado á tomar en cuenta sus decisiones. Estos reyezuelos están rodeados de un ceremonial en extremo degradante, pues para que los súbditos puedan llegar hasta ellos, tienen que ir arrastrándose por el lodo, dejando siempre libre una mano con la cual recogen polvo para echárselo en la cabeza, y el que llega más enlodado cerca del rey, es el mejor recibido.

Son polígamos, y aunque existe entre ellos el matriarcado, la mujer es considerada como propiedad del hombre, y está obligada á cultivar la tierra y mantener de un todo á su amo, que no hace nada. El matrimonio es una compra, y como en virtud de la poligamía el mercado de las mujeres es muy pobre, las negocian desde muy corta edad á sus padres en las pocas tribus en que está establecido el patriarcado, y generalmente á sus tíos. El adulterio es castigado con la muerte, y en la tribu que como la de los Sulimas la mujer puede separarse de su marido cuando quiere, está obligada á restituir el precio porque la habían comprado, y si tiene hijos á dar una suma por cada uno de ellos.

No creen en la muerte natural y siempre atribuyen ésta á hechizo, hambre ó violencia, por lo que al desgraciado anciano que encuentran con hierbas ó raíces sospechosas, después de haber muerto algún miembro de la tribu, lo matan irremediablemente aunque sea el padre ó la madre del muerto.

Creen en la otra vida, pues para ellos la muerte no es sino un accidente; en su débil inteligencia, la idea de la muerte completa, del anonadamiento de la personalidad, es generalmente inconcebible; durante este estado de infancia mental el hombre no cree, como lo acabamos de ver, ni en la muerte natural: para ellos el espíritu de los muertos continúa viviendo, y muchos suponen que les viene en ayuda, y así se ve á algunos hijos matar á sus padres para tener un espíritu protector. A la creencia en la otra vida es á lo que se deben esos sangrientos sacrificios que acostumbran los achantíes y otras muchas tribus á la muerte de sus reyes.

La justicia no existe entre ellos, y, como en todos los pueblos que se encuentran en tal estado de cultura intelectual, los únicos delitos que se castigan son los que se cometen contra la propiedad y contra el respeto que se debe á los superiores.

También en el Asia se encuentran algunas tribus, á pesar de que tanto este continente como el deAfrica, han sido considerados como la cuna del género humano.

En la Oceanía, los habitantes de la Polinesia y los de la Melanesia tienen, con muy pocas excepciones, las mismas costumbres de las diversas tribus, que acabamos de narrar; en la Polinesia encontramos la institución del *tabou* análoga á la del *botutu* de los indios del alto Orinoco.

La analogía entre las costumbres de tan diversos

pueblos, nos comprueba que en toda la humanidad existe un fondo común, una impresionabilidad análoga que inspira á menudo ideas semejantes en todos los hombres.

CAPITULO IX

NACION ETNICA

Constituyen las naciones étnicas las confederaciones de tribus que no han desenvuelto aún su constitución mental y social ó su faz comercial é industrial, y que no forman parte como personas jurídicas del concierto internacional.

El mejor ejemplo de estas naciones, es el de la organización que encontraron los brutales españoles en el Perú y Méjico, principales centros de la civilización americana, y que la ignorancia, la codicia y la sed de sangre de aquellos aventureros, destruyeron por completo, no respetando ni la vida de aquellos hombres, que valía más que la de ellos por la generosidad y la nobleza del alma, ni aquellos monumentos etnográficos que constituían riquísimos tesoros para la ciencia.

Pero á pesar del funesto propósito de tales bárbaros, el espíritu investigador de los hombres científicos penetró en los grandes imperios, y gracias á ello es que conocemos hoy el grado de civilización en que se encontraban el Imperio de los incas y el de los aztecas.

El Perú, cuya organización política, religiosa, militar y económica ha sido objeto de profundos estudios científicos, y cuyos monumentos arquitectónicos prue-

ban por su majestad que por las venas de los incas corría la misma sangre que por las de los padres de la arquitectura, realizó punto por punto ciertos sistemas modernos, considerados como utopías irrealizables.

Su Gobierno, un gobierno teocrátíco, en el cual el poder espiritual se confundía con el temporal, pues el inca era considerado como el hijo del Dios Supremo, como el vástago del Sol, era una monarquía absoluta, en la que el monarca divino se cernía, por decirlo así, por sobre su pueblo, Era pontífice, representante del Sol, y como tal, presidía las grandes solemnidades religiosas; generalísimo, y creaba y mandaba sus ejércitos; rey absoluto, y establecía impuestos y nombraba y revocaba los funcionarios y los jueces: era verdaderamente un dios terrestre.

El reino estaba dividido en cuatro provincias, cada una de las cuales se comunicaba con la capital por magníficas vías que partían de ésta, la que á su vez estaba dividida en cuatro partes correspondientes á las cuatro provincias.

Cuatro virreyes regían estas provincias, que estaban obligados á pasar en el Cuzco una parte del año y formaban una especie de Consejo de Estado, que estaba á la disposición del monarca.

La estadística se llevaba por medio de quipos (cuerditas anudadas) y en ellas se hacían constar los nacimientos y las defunciones, y se llevaba la cuenta de los productos y de los recursos del Estado.

Provisto de estos documentos, el Gobierno repartía los cargos, los impuestos, el trabajo, etc., etc.

Tenían un magnífico servicio de correos perfectamente organizado, el cual era hecho por corredores, que llevaban los quipos de un lugar á otro, y estaban

escalonados á distancias iguales en todos los caminos, en donde les servían de abrigo pequeños edificios construidos con tal fin; los otros que existían, de construcción mucho más vasta, eran destinados ya al Inca, ya á los funcionarios, ya á las tropas en marcha, pues no había tampoco otros viajeros en el Perú.

Las leyes, aunque poco numerosas, eran muy severas. La pena capital desempeñaba un gran papel; se aplicaba por robo, por adulterio, por homicidio, por blasfemia contra el sol ó el Inca; por haber incendiado un puente, etc. En caso de que un pueblo ó provincia se sublevaran, los habitantes eran exterminados, pues el crimen más abominable era el sublevarse contra el hijo de Dios.

En consideración á que el Inca era considerado como el hijo del Sol, su primer deber era extender más y más el territorio del imperio, llevando la guerra contra los infieles, y de aquí que el Perú estuviera siempre guerreando con sus vecinos, que no querían profesar el mismo culto.

Sólo tomaban las armas para propagar la religión, y así todas sus guerras eran guerras santas, bien que respetaban las costumbres y usos de los vencidos á quienes dejaban gobernados por sus propios Jefes, limitándose únicamente á imponerles las prácticas de su culto, pero respetando las creencias que tuviesen, por lo que sus dioses eran trasladados con gran pompa al Museo de los dioses que existía en el Cuzco.

El poder era hereditario: el hijo mayor de la coya ó reina legítima, que era hermana del monarca por parte de padre, era el príncipe heredero; los hijos de las demás esposas ocupaban el primer puésto después de él, y estos y los Curacas ó Casiques de los países sometidos, formaban dos castas privilegiadas, cuyos miembros eran los

que ocupaban únicamente los altos cargos y los que podían tener puesto en el Ejército; las leyes no existían para ellos, ni ellos se inclinaban sino ante el Soberano.

A la muerte del Inca, sus palacios y demás residencias imperiales, se cerraban para siempre; todo lo que había pertenecido al Soberano quedaba en el mismo estado, y sus pomposos funerales eran muy sangrientos. Sus servidores, concubinas y favoritos, que alcanzaban por lo menos á mil personas, eran inmolados sobre su tumba, pues dado el rango que ocupaba necesitaba entrar al reino de su padre con todos sus servidores, y mientras que su alma volvía á revivir, el cuerpo se le momificaba, y su momia cuidadosamente embalsamada se depositaba en el gran templo del Cuzco al lado de sus mayores.

Sólo en la familia de los Incas estaba establecido el patriarcado, pues en el resto del pueblo era el matriarcado lo que subsistía aún, y por consiguiente la herencia se trasmitía al sobrino y no al hijo.

Aunque en el Perú los dioses eran muy numerosos, todos no ocupaban el mismo rango en la gerarquía mitológica, y entre las divinidades secundarias colocaban los dioses de los vencidos. La religión oficial era la astrolatría.

Al Sol, que era la divinidad suprema, lo consideraban como un sér antropomorfo y se creía que el Inca descendía de él y de la Luna, á quien con sideraban como la hermana y la esposa del Sol; después de estos astros soberanos venía el cortejo de estrellas á las que les suponían también formas humanas.

El arco iris también tenía su culto, lo mismo que el rayo y el trueno, á los que consideraban como los ministros encargados de ejercer la venganza del astro Rey.

Todos estos dioses eran adorados en suntuosos templos, entre los que se distinguía el riquísimo y notablemente célebre del Cuzco, levantado al Sol, y el cual era casi de oro, metal consagrado al Sol, como la plata á la Luna.

Un ejército de sacerdotes estaba destinado á ejercer las funciones del culto.

Creían que los Incas al morir iban al seno de su Padre el Sol, y que sus vasallos continuaban sirviéndoles en la vida futura; de aquí las hecatombes que tenían lugar á la muerte de cada Soberano.

Acostumbaban momificar los cadáveres antes de inhumarlos, y ya creían en el premio ó castigo de las almas, según que fueran buenas ó malas; los buenos al morir entraban en un lugar en donde vivían en una voluptuosidad tranquila, en tanto que los malos eran sometidos á ejecutar fuertes é interminables trabajos.

El matrimonio, considerado como un acto administrativo, era obligatorio, y para verificarlo todos los hombres de edad de 24 á 26 años, y las mujeres de 18 á 20, debían ocurrir anualmente á las plazas públicas, donde una vez obtenido el consentimiento de sus mayores, pues el de las partes contratantes no se tomaba en cuenta, el Inca en el Cuzco, y los Curacas en los departamentos, enlazaban las manos de los contrayentes, y quedaba celebrado.

El matrimonio real lo celebraba el Inca, pues los Curacas sólo podían celebrar el de sus iguales ó inferiores.

En el pueblo era obligatoria la monogamía, pero la poligamía era permitida entre los nobles.

No existía la propiedad territorial; el comunismo era la base de la sociedad, pero no el comunismo republicano, el comunismo que tiene por objeto la emancipa-

ción económica del individuo, sino el comunismo patriarcal y autoritario que deja todo el trabajo á la plebe, la cual está sometida á la caprichosa voluntad de las castas directivas. Este sistema ha sido el más hermoso ejemplar que ha tenido el mundo del comunismo central y despótico.

El territorio del reinado estaba dividido en tres porciones, una para el Sol, otra para el Inca y la tercera para el pueblo.

Los productos de la primera estaban destinados al sostenimiento del culto, los de la segunda al de la Córte y la tercera era distríbuida entre el pueblo.

Tal distribución se hacía anualmente, y para ello se llevaba una estadística rigurosa de la población y de los recursos de cada departamento, á fin de no incurrir en injusticias.

A cada matrimonio se le adjudicaba una habitación y un lote de tierra, al cual se añadía una pequeña parte más con el nacimiento de cada hijo, y así seguía aumentando ó disminuyendo con el aumento ó disminución de la familia.

El pueblo, como hemos dicho, trabajaba para todos. La primera tierra que cultivaba era la del Sol, luégo la de los inválidos, después cada cual era libre de cultivar sus lotes, con la obligación de ayudar á su vecino.

Las últimas tierras que se cultivaban era las del Inca, cultivo que era motivo de regocijos públicos.

Todos los trabajos se hacían de la misma manera, y es de advertir que los graneros del Sol suplían á las necesidades de los del Inca, y el exceso de los de éste iba á aumentar los productos destinados á alimentar á los ancianos, indigentes, desvalidos, y en general á todos los inválidos.

Gracias á este sistema, el hambre y la miseria eran

desconocidos en el Perú, pero la personalidad individual estaba absorbida por esa comunidad despótica.

Entre los mejicanos existía el mismo sistema de gobierno, pero el Monarca era elegido entre los hermanos del Monarca difunto, asistido de cuatro delegados de la nobleza. Considerábasele como el representante de Dios sobre la tierra, pero no como en el Perú, donde era considerado como el hijo de Dios; estaba rodeado de una Corte numerosa, en la que existía un complicado ceremonial; en su harem existían más de 3.000 concubinas, tenía guardia personal, y además de los altos Sacerdotes que formaban su Consejo de Gobierno, tenía Ministros de guerra, de paz, etc.

Un servicio de correos como el del Perú lo ponía en comunicación con los diversos lugares del imperio. El era en principio el propietario de todo el territorio de su mando, territorio que tenía distribuido entre los altos personajes de su Córte.

Como en el Africa, existían en Méjico varias categorías de esclavos, los cuales eran prisioneros de guerra unos, y los otros condenados á la esclavitud por diversos crímenes.

Sus guerras, aunque eran guerras religiosas como las del Perú, obedecían á distintos fines, pues sólo la hacían con el objeto de conseguir víctimas para sacrificar á sus dioses.

Establecido como estaba entre ellos el patriarcado, era la personalidad del padre la que dominaba, era el padre quien dictaba á sus hijos las reglas de conducta y los preceptos de moral que debían seguir, y las madres aconsejaban á sus hijas que respetasen, obedeciesen y complaciesen á sus maridos.

Aunque la monogamía era la regla general, á los magnates les era permitido tener mayor número de mu-

jeres, pero sólo la primera era considerada como legítima, y sus hijos eran los únicos que heredaban los bienes y títulos de sus padres. El matrimonio se celebraba con mucha pompa, pero era una ceremonia en la que no intervenía para nada la autoridad civil. La novia era conducida con gran aparato al domicilio del novio, quien salía á recibirla acompañado de toda su familia. Al encontrarse se perfumaban mutuamente con pebeteros de incienso, después los dos novios se sentaban sobre una manta, y un sacerdote anudaba uno de los extremos del vestido de la novia al manto del novio, desde este momento la mujer pertenecía á la familia del marido. A esta ceremonia precedían varios días de festejos en los cuales no tomaban parte los novios.

Aunque esta unión debía durar hasta la muerte, el divorcio era permitido, y hasta existía para ello un tribunal especial.

Los jueces que lo componían estudiaban minuciosamente los hechos, y después de tres amonestaciones hechas en tres audiencias á las partes, los esposos que insistían en sus propósitos eran despedidos sin ser sentenciados, quedando por este sólo hecho libres de disponer de sus personas. La ley no pronunciaba el divorcio explícitamente; ella sólo lo toleraba.

Sólo se castigaba con la pena capital el robo, el asesinato y la embriaguez en los jóvenes; el adulterio era castigado con la lapidación, y á la embriaguez en los personajes de edad madura se imponían las penas de degradación y de confiscación.

Ya en este célebre imperio la administración de justicia estaba confiada á funcionarios especiales, y existían diversas jurisdicciones. Jueces inferiores elegidos por el pueblo conocían de las pequeñas causas, y en cada provincia existía una Córte inamovible compuesta de

tres miembros, cuyas decisiones podían ser apeladas para ante un Juez Supremo, nombrado como aquellos por el Emperador; dicha Córte tenía jurisdicción plena en el conocimiento de todos los asuntos. El Juez venal, ó el que por cualquier otro motivo torcía la justicia, incurría en la pena capital.

Una parte de las tierras de la Corona estaba afecta al pago de los Jueces Superiores.

Y estos dos imperios con sus innumerables riquezas, con su civilización y con todos sus monumentos, que formaban uno de los tesoros más preciosos de la ciencia, fueron destruidos por el brutal soldado español.

También pertenecen á este tipo de sociedades, las tribus de la isla de Tonga, unidas bajo el Gobierno de una monarquía matromínica, y dotadas de una doble organización civil y religiosa: la confederación iroqueña y los santales de las montañas occidentales de la Bengala inferior, que son el tipo más arcaico de las tribus patronímicas y constan de cerca de dos millones de individuos.

En Venezuela podían considerarse como naciones étnicas, la nación Cumanagota y la Caribe, las cuales casi no existen hoy, pues han sido absorbidas en su mayor parte por el resto de la población venezolana.

CAPITULO X

ESTADO

El grupo elemental de las sociedades demóticas es la familia; la reunión de varias de éstas forma en algunos Estados de la Unión venezolana la Aldea, de que se forman las parroquias y éstas constituyen los Distritos, que es la primera división de los Estados, cuya unión compone la Nación Federal de Venezuela.

La formación de las naciones de Europa y América nos comprueba que todas las sociedades demóticas son doblemente complexas, y algunas veces, triplemente y aun más; y como la tendencia del espíritu científico moderno es la unidad, una de las integraciones demóticas más avanzadas es la Triple Alianza.

El Estado es un fenómeno social cuya primera acción consiste en el subyugamiento de un grupo social por otro grupo, y en el establecimiento de una organización que le permita al grupo dominante mantener su dominio.

Varias son las definiciones que se han dado del Estado; Bluntschli, dice que el Estado es la personalidad del pueblo organizado; otros lo consideran como una persona física, como un organismo. Schulze lo define: "La reunión de un pueblo sedentario en una colectividad orgánica, bajo una potencia superior y bajo una

constitución determinada para alcanzar todos los fines comunes de la vida nacional, y notablemente para establecer el orden jurídico.

Pero si los publicistas se detuvieran á estudiar los caracteres esenciales que se encuentran en todos los Estados, verían que el Estado no es otra cosa que la organización del dominio de una minoría sobre una mayoría, y de aquí que Shopenhauer lo considere como "La obra de arte del egoísmo humano".

De modo que podemos asentar que el origen de todo Estado es el contacto de los grupos étnicos heterogéneos, de los cuales los unos dominan á los otros, y la aproximación social y la amalgama nacional no se efectúan sino á partir del desenvolvimiento social que se verifica por el natural cruzamiento que se efectúa entre dichos grupos.

Es un hecho que la fundación del Estado se debe á la necesidad que ha tenido siempre el hombre del trabajo de los demás para satisfacer sus necesidades, es decir, para poder sostener la lucha por la existencia, pues á ello se debe el que el hombre incitado por esa necesidad procure subyugar á los otros hombres, ya por si solo, ya aliándose con otros para el mismo fin.

La desigualdad de la naturaleza, que en algunos lugares brinda al hombre toda suerte de elementos de producción: un clima saludable, una rica capa vegetal, agua en abundancia etc., etc., mientras que en otros despliega una avaricia sórdida, obliga al hombre, cuya agregación depende del carácter y de los recursos que lo rodean, á ir á buscar estos allí donde se encuentren. Ya hemos visto que el hombre que vive en estado de horda primitiva es autónomo, y que jamás se ha dado el ejemplo de que un grupo singenético condene á sus miembros á practicar los trabajos que él necesita para

subvenir á sus necesidades, mientras que se consideraba noble y meritorio destruir los miembros de otro grupo; de modo que el hecho de utilizar la vida de los hombres para aplicarlos al trabajo es un paso dado en el sendero del progreso y el primer grado de la evolución.

Esto prueba que la naturaleza misma es la que prepara la fundación de los Estados, porque ella ha reducido los hombres á tener necesidad de los servicios prestados por los demás; ella es la generadora de todos los factores que hace nacer ese interés común que constituye el patriotismo en su forma primitiva, y la que hizo nacer en su corazón una gran simpatía por los de una misma descendencia inspirándoles odio feroz contra los extranjeros.

De aquí que esa sujeción de los otros hombres, ese modo de satisfacer las necesidades con el trabajo de los sometidos, sea la cuestión más importante de la historia de la humanidad, pues es un proceso siempre idéntico en su esencia, en todas las razas y en todos los tiempos.

Del hecho de que en la composición de todo Estado, entren siempre dos elementos heterogéneos, es que se observa en él uua vida doble y dos acciones diferentes, una que se dirige al exterior y es colectiva, y la otra que obra en el interior y se deriva necesariamente de la posición que ocupan en el seno del Estado sus elementos componentes; estas acciones son las fuerzas impulsoras del progreso.

Ambas tienen una misma tendencia, cual es la de cuidar de subvenir á la subsistencia del hombre y aumentar su poderío. Cuando obran hacia el exterior su objeto es rechazar los ataques, aumentar el poder del estado, agrandar su territorio, en una palabra, conquistar para sí los más grandes beneficios; y cuando obran en el seno mismo del Estado, es la clase dominante la que

se esfuerza en hacer más productivo el empleo que ha dado á sus dominados, lo que tiende á establecer la opresión con todas sus consecuencias, porque la clase dominada se esfuerza á su vez en oponer á sus dominadores una resistencia más y más grande para disminuir su dependencia.

Como se ve estas dos tendencias son las que determinan el desarrollo de los Estados, y es por ellas por las que se puede explicar su historia, teniendo solamente en cuenta las condiciones étnicas y el carácter de la raza, que es lo que da á la historia de cada uno de ellos fisonomía individual.

Por lo expuesto se ve que el fin único de un Estado es la dominación de un grupo de hombres sobre otro, cuya organización alcanza por una necesidad natural resultados que no sólo no habían sido previstos pero ni siquiera deseados por los fundadores.

Debido á la división del trabajo, que es una consecuencia de la asociación, el hombre civilizado no puede vivir sin el trabajo de los demás hombres; de aquí que desde los primeros albores de la humanidad, desde los comienzos del proceso social, que es la génesis del Estado, nos enseñe la historia que han existido, ya las diversas castas, ya las diversas clases sociales, en las cuales aparecen siempre unos hombres sometidos á otros, y que el carácter infalible del progreso de las naciones consista en el mejoramiento de la condición de los dominados: de la esclavitud á la servidumbre, de la servidumbre al salario y del salario á las sociedades cooperativas, que son la meta del progreso, porque ellas establecen el gran principio económico y político, que es la responsabilidad.

En la primera faz de los Estados la fuerza termina por vencer. Los más débiles, los menos enérgicos se

someten al fin, y este sometimiento hace pacífica y durable la situación creada por la fuerza de los vencedores, y como la paz y su conservación son los elementos del orden, y el orden pacífico y durable produce el hábito, la costumbre y el derecho, todo lo cual se consigue por la imposición de una situación creada por la violencia, aceptada por la debilidad, la impotencia y la inercia, y mantenida por la fuerza, podemos decir que todo derecho es : la consagración de una desigualdad.

De esta desigualdad, que existe entre los individuos que forman los Estados, ha nacido la lucha social, cuyo primer objeto es el establecimiento de la proporción de los derechos recíprocos. Los vencidos, los dominados, tratan de hacer desaparecer las trabas que los vencedores les han impuesto para poder mantener su poderío.

Lucha que sólo llega á ser pacífica cuando en las Naciones reina el bienestar y existe cierto grado de ilustración en las clases inferiores, porque en este caso, cuando en virtud de esa necesidad en que están las clases dominantes de llamar en interés mismo de la colectividad á los gobernandos á ciertas funciones, estos se dedican á trabajar con ahinco en el sentido de libertarse del yugo que pesa sobre ellos, y mientras que sus gobernantes dejan pasar la vida en el seno de los placeres y de la voluptuosidad, ellos ejercitan su inteligencia y conquistan día por día nuevos derechos.

CAPITULO XI

MATRIMONIO

Los estudios etnográficos nos enseñan que en la primera época de las sociedades ni siquiera existían trazas de las ideas y de los sentimientos que entre los pueblos civilizados constituyen la santidad del matrimonio.

En las sociedades primitivas la unión sexual en el hombre es completamente animal, sin regla y sin freno, y aunque los hechos nos indican una relación general entre las formas más elementales de la vida social y las relaciones más groseras entre los sexos, no nos demuestran que el progreso social y el avance progresivo hacia un tipo perfecto de la vida familiar sean uniformemente conexos, porque los hombres, como los animales, obedecen á las leyes de bronce de la necesidad, y esta necesidad tiene exigencias variables que los hombres primitivos satisfacen, como los animales, á medida de sus groseros deseos; así vemos que en el seno de una misma raza, y aun de una misma tribu, pueden encontrarse las diversas formas de la unión sexual, lo que depende de la presión de las necesidades exteriores bajo la cual las costumbres socialmente útiles terminan por implantarse en los grupos étnicos, por lo que las formas de la unión

sexual, ó del matrimonio, si se quiere, son muy variables : promiscuidad, poliandría, poligamía, monogamía, matrimonios exóganos, matrimonios endógamos etc., todo lo cual existe caprichosamente en las diversas sociedades humanas.

Pero considerando los hechos en conjunto, vemos que la marcha progresiva hacia un tipo social más elevado concuerda con la marcha progresiva hacia un tipo más elevado de las relaciones sexuales, y la verdad de esta observación aparece incontestable cuando se comparan los dos tipos extremos. La horda primitiva, que ya sabemos se encuentra desprovista de toda organización política, está también desprovista de toda organización doméstica; la relación entre los sexos y entre padres é hijos no difiere en mucho de la que se observa entre los animales. Mientras que en todas las Naciones civilizadas, caracterizadas por instituciones sociales definidas, coherentes y regulares, lo son también por instituciones familiares definidas, coherentes y regulares.

De donde se deduce, que está fuera de duda que á pesar de ciertas anomalías el desenvolvimiento de estas dos instituciones concuerda de una manera general.

Las diversas formas de la unión sexual de que hemos hablado no son un privilegio de la raza humana; pues ellas se encuentran también entre los animales; la promiscuidad que es la más inferior, es la más común entre ellos, la poligamía no es rara, nosotros tenemos el ejemplo de ella en el gallo; también se encuentra la monogamía, considerada por los moralistas como el tipo más perfecto de la unión sexual. El macaco de la India no mantiene sino una hembra, que le es fiel hasta la muerte; el pato, que en el estado salvaje es polígamo, se hace monógamo al domesticarse; y la pintada es otro ejemplar de la mongamía entre los animales y es de ob-

servar que la monogamía en algunos animales es muy superior á la monogamía humana, pues entre los hombres es muy raro que la muerte de un esposo deje al otro en un estado inconsolable, mientras que en ciertas clases de animales, viudedad y muerte son sinónimas.

De modo que podemos decir que á este respecto el hombre no ha manifestado más inventiva que el animal; lo único que ha hecho á menudo, pues no siempre, ha sido determinar mejor la forma de la unión sexual: así vemos que sólamente en las sociedades humanas es donde se encuentra establecido el matrimonio, es decir, la unión sexual reglamentada por las convenciones sociales.

En las hordas primitivas que se encuentran en el estado animal, y aun entre las tribus que se encuentran en estado salvaje, no existe nada que merezca el nombre de matrimonio.

Entre los australianos existe aún, como existía entre los tasmanienses, el matrimonio exógamo, que se verifica con el rapto de la mujer de una tribu extraña, y es esta, entre los restos que quedan de esas razas, la forma legal del matrimonio, pues en el seno de ellas lo que existe es la promiscuidad: los varones desde la edad de trece años y las hembras de diez cohabitan libremente, y hasta se celebran fiestas para indicar á los que han alcanzado tal edad que ha llegado para ellos el momento de comenzar á cohabitar.

Es deber de las jóvenes compartir su lecho con los huéspedes de la tribu.

La poliandría, que es el tipo más vecino de la promiscuidad, la encontramos en algunas naciones del Asia y aun en la América.

Este tipo de la unión sexual presenta formas diversas: la poliandría inferior que es la que se practica en

el Nair y consiste en la unión de una mujer con varios hombres que no tienen ningún parentesco entre sí, y la poliandría del Thibet en la que los esposos de la misma mujer son todos hermanos; la primera es la más vecina de la promiscuidad y aunque es una reducción de ésta, presenta como ella la dificultad de no reconocer la paternidad. Sólo la maternidad es conocida y los hijos no tienen ningún lazo con los padres, en tanto que la poliandría del Thibet establece ya un lazo consanguíneo entre los padres y los hijos, y es el del parentesco que existe entre el tío y el sobrino.

Tanto la poliandría como la poligamía coexisten á menudo en el seno de una misma raza, pero esta presenta mayores ventajas para el desarrollo de las sociedades y es un tipo más avanzado de la unión sexual.

La poligamía es practicada por todas las razas y se encuentra extendida en todo el mundo, desde la zona bañada por el ardiente sol del Africa hasta las heladas regiones polares ; y se encuentra en todos los climas y en todos los países, en la Melanesia, en la Polinesia, en el Africa, en el Asia, en la América y en la Europa; porque el hombre es por naturaleza polígamo.

En la marcha de la evolución la poligamía es un progreso sobre los tipos de relaciones maritales de que hemos hablado, porque ella determina, mejor aún que la poliandría superior, las relaciones que existen entre padre é hijo ; mientras que en las uniones más groseras sólo la sangre maternal es reconocida, en la poliandría superior se reconoce la sangre del padre, pero la paternidad no lo es de una manera cierta, en tanto que en la poligamía, la paternidad y la maternidad son igualmente manifiestas, y si ella no ha sido aceptada como el tipo perfecto de las uniones humanas, es porque la cohesión en la familia, aunque se encuentra

aumentada en una dirección descendente, no lo está en absoluto en una dirección colateral, pues aunque algunos hijos son hermanos germanos, otros lo son uterinos solamente, y por consiguiente los sentimientos fraternales son menos fuertes que en las uniones poliandreas, pues en un grupo nacido de un mismo padre y de diferentes madres, que no tienen ningún parentesco entre sí, es más probable que los celos inspirados por las madres á los hijos sean muy superiores á los que pueden existir en un grupo que tiene una misma madre, lo que constituye la causa de esas profundas excisiones que existen en el seno de las familias polígamas.

¿Cómo nació la monogamía?

Ya hemos visto que esta forma de unión sexual remonta tan alto como las que acabamos de describir, pues la hemos encontrado hasta entre los animales, y con caracteres más definidos que entre los hombres.

Vimos que bajo la presión de las circunstancias exteriores es que las costumbres socialmente útiles terminan por implantarse en los pueblos y por constituir costumbres y hábitos que es peligroso destruir, y como estas costumbres dependen de la lucha por la subsistencia, y el banquete de la naturaleza es tan variado, ellas lo son también.

Así vemos que ciertos géneros de vida que necesitan la dispersión de la tribu en una grande extensión de terreno, para poder encontrar el alimento, como los Wedas del Ceylán, algunas tribus selváticas del Brasil y del interior de Borneo, son monógamas, y aunque la poligamía no les está prohibida, la dificultad de subvenir á su subsistencia los obliga á vivir por parejas aisladas.

Varias circunstancias han concurrido al establecimiento de la monogamía, en primer lugar la necesidad,

pues en los lugares en donde el número de las mujeres no era superior al de los hombres, sólo los hombres ricos podían sostener más de una, y en segundo lugar, el desarrollo de la concepción de la idea de propiedad.

En todo tiempo los matrimonios exógamos verificados por el rapto, han tenido hasta cierto punto serios inconvenientes por los peligros que presentan, y como los matrimonios endógamos consistían siempre, entre los pueblos primitivos, en una compra, el hombre que había dado cierta cantidad de dinero, ó había servido durante algún tiempo ó había dado cualquiera otra cosa en cambio de una mujer, la defendía con más energía que si su posesión no le hubiera costado ningún sacrificio; y como sobre las mujeres raptadas, y más tarde sobre las compradas, el hombre tenía pleno derecho, llegando hasta servir ellas de alimento entre los Australianos, los hombres de la tribu que habían adquirido una mujer por los medios expuestos, se consideraban sus propietarios y reprobaban la conducta de aquel que no quería reconocer su derecho, de modo que todos esos inconvenientes han constituido una barrera contra los deseos que tienden á disolver el matrimonio.

Además, fa familia monógama ocupa evidentemente el grado más elevado de la evolución social; el carácter definido y la solidaridad de los lazos que unen á los miembros de ella, son la prueba más evidente de este aserto.

Con el establecimiento de la monogamía la suerte de la mujer se mejora más y más; de la condición de cosa ella se eleva poco á poco hasta alcanzar el rango de persona, y aunque hoy todavía es considerada como menor, no tarda el día en que se le reconozca la plenitud de sus derechos.

En la monogamía las relaciones maternales y pater-

nales están igualmente definidas, y los hijos tienen un parentesco igual por ambos lados; de aquí que la cohesión del grupo familiar sea más fuerte que en los otros tipos de unión sexual, y que la monogamía, sea la forma de unión más útil para la sociedad; todos los sentimientos que se asocian á la idea de matrimonio implican necesariamente la reunión de un solo hombre con una sola mujer.

CAPITULO XII

LA FAMILIA

La familia es un hecho social como cualquiera otro, y podemos decir que si no es absolutamente necesario para el mantenimiento de las sociedades, tampoco es un hecho extraño á los animales, pues ella es consecuencia de la reproducción, la cual se verifica de diversas maneras, que son la división, la germinación y la gestación. En la primera y segunda se comprendería fácilmente el interés del progenitor por su descendiente, si tal progenitor fuera inteligente é impresionable, pues tal descendiente no es otra cosa que el desarrollo ó división del más antiguo genitor, y por consiguiente es muy natural que este último se interese por la parte de su sér que se emancipa, pero en el tercer caso, el descendiente y el progenitor son completamente independientes entre sí; de aquí que la causa de los fenómenos de la vida afectiva, tan variados en el animal y en el hombre, nos sean casi desconocidos, por lo cual nos limitamos á establecer que el amor á los hijos, que es uno de los sentimientos más enérgicos de que puede ser susceptible el hombre, se encuentra entre los animales.

En el amor á los hijos, el maternal es indudablemente el sentimiento más fuerte, y en algunos animales llega á tal extremo que podría honrar á la clase humana.

Lo que distingue el amor á los hijos en los animales es su corta duración, pues se limita al tiempo necesario para que la cría pueda bastarse á sí misma, pero esto sucedía también en el hombre primitivo, y puede además asegurarse que entre algunas tribus que se encuentran aún en el estado animal la ternura para los niños es inferior á la de gran número de animales.

En nuestro capítulo precedente hemos visto los diversos tipos de la familia, y observado que aunque ellos se encuentran en todas las etapas sociales su progreso corresponde al progreso social.

La familia puede considerarse como la obra de la mujer, porque esta experimenta por sus hijos un afecto muy superior al que experimenta el hombre, y como los hombres primitivos viven en estado de promiscuidad, y por consiguiente á los hijos no se les conocen los padres sino sólo las madres, estas que se ligan á ellos por los lazos de la crianza, terminan por establecer la filiación uterina que da lugar al matriarcado, que es el primer tipo de la organización étnica. El patriarcado, que ha sido un efecto del matrimonio, tuvo origen en el rapto, pues ya hemos visto que la familia en las hordas salvajes es, por lo común, exógama. La costumbre de casarse con las hermanas es, generalmente, no sólo excepcional sino desconocida.

Ese dominio absoluto del hombre sobre la mujer á quien había raptado, fué el primer paso en el patriarcado, porque conocidos los hijos por el padre y siendo ellos el fruto de las mujeres que aquellos consideraban como cosa suya, nada más natural sino que se creyeran sus dueños; pero cuando los padres son desconocidos, aun en el matrimonio llamado beena, que consiste en la unión con una mujer de una tribu vecina sobre la cual no tiene nin-

guna autoridad el hombre, los hijos pertenecen á la tribu de la madre y los padres no tienen ningún derecho sobre ellos.

Al matrimonio verificado por el rapto sucede el verificado por la compra, la que da al marido una autoridad sobre su mujer, mayor que la que le da el rapto, porque el derecho que adquiere sobre ella es reconocido por todos sus parientes, y por consiguiente no puede acariciar la idea de volver al seno de estos.

Estas dos formas de matrimonio corresponden á los tipos polígamo y monógamo de la familia; los que á su vez corresponden generalmente á los tipos sociales militante é industrial, pues la poligamía predomina en las sociedades menos avanzadas, las que, como hemos visto, viven en estado de hostilidad constante con las tribus vecinas, es decir, que su vida se pasa en una lucha permanente con los otros hombres, y por consiguiente, todas sus fuerzas se emplean en destruir, mientras que la monogamía predomina en las sociedades que se dedican al trabajo pacífico, y por lo tanto todas sus fuerzas las emplean en producir.

El primer tipo descansa en la cooperación forzosa, y el segundo en la cooperación voluntaria, y así vemos que en aquel la condición de la mujer es muy inferior, pues es tratada como la más vil esclava; mientras que en el tipo industrial la mujer tiene más valor y llega hasta adquirir cierta libertad para elegir esposo lo que constituye un verdadero progreso en la forma más elevada de la unión sexual.

Constituida la filiación siguió el parentesco colateral y se establecieron los diversos grados de consanguinidad, á los que dieron denominaciones especiales tanto más precisas cuanto que la raza era más inteligente y la lengua más rica.

La repartición de la propiedad terminó por hacerse con el grado de parentesco, y lo que antes era poseído por todo el grupo étnico, se dividió entre las diversas familias cuya comunidad vino á sustituir la de aquel.

En esta faz social todo estaba subordinado al mantenimiento de la familia, pues ella era para el individuo el refugio por excelencia; ella representaba la unidad elemental de la sociedad, hasta que la acción combinada llevó lentamente la fusión entre las diversas familias y las líneas de separación desaparecieron, y los miembros de la familia adquirieron día por día mayores derechos individuales y por consiguiente mayores responsabilidades, y el individuo llegó á ser la unidad elemental, y las relaciones de la vida doméstica fueron cambiadas por las relaciones de la vida social, llegando la comunidad social á asumir en gran parte los deberes de los padres con respecto á los hijos, en virtud de lo cual ejerce sobre ellos cierto poder.

En suma, el lazo que une la familia se deshace día por día, tanto moral como legalmente, la autoridad de los padres sobre los hijos se restringe sin cesar; ella está en razón inversa de las obligaciones cada vez más grandes que la comunidad social impone al individuo.

Los sociólogos se preguntan qué llegará á ser de la familia si este movimiento continúa, y aunque la urdimbre de los hechos sociológicos es tan complexa que no puede desenredarse sino á fuerza de ensayos y de tanteos, podemos decir que á medida que el espíritu científico prevalezca más y más en la dirección de las sociedades humanas, se ocuparán con mayor atención de la consanguinidad directa y colateral, en virtud del interés social que existe en conocer lo mejor posible los ascendientes de un individuo, pues cada hombre resume en sus virtudes y en sus vicios, en sus cualidades y sus defectos,

toda la línea de sus antepasados. Esto por lo que toca á la faz científica de la familia, pues la faz sentimental evoluciona en sentido inverso; el sentimiento familiar irá declinando y cederá poco á poco el terreno á un altruismo superior. al cuidado del interés general.

CAPITULO XIII

CONDICION DE LA MUJER

El tipo más antiguo de la organización étnica, es el matronimado, en el cual el parentesco se establece por la línea maternal; en efecto, existiendo en la horda primitiva y aun en algunas tribus, la promiscuidad ó la poliandria, el parentesco paternal se ignora y no existe sino la familia maternal.

En la Goagira, como entre los Kimbundas del Africa, los hijos pertenecen al tío maternal, quien tiene el derecho de venderlos, y entre los Tuareg al niño no se le conoce otra filiación que la maternal; á estos rastros de la organización primitiva es á lo que se debe el que en algunas hordas y aun en algunas tribus, entre las cuales el tratamiento que se da á la mujer es exageradamente brutal, estas ejercen algún poder; entre los habitantes de la Tierra del Fuego se ha visto á una mujer ejercer el mando; entre los Australianos las ancianas ejercen gran autoridad, y entre los Battas de Sumatra, en Madagascar y en muchas tribus de Africa las mujeres llegan hasta desempeñar el reinado.

Muchos sociólogos consideran la transformación de la organización social en que venimos ocupándonos, como una consecuencia del matrimonio originado por el rapto: este hecho, cambió la faz social primitiva y con-

virtió á la mujer en la más vil esclava; considerada como botín de guerra, fué dedicada á los trabajos más rudos: el hombre tenía por ella menos consideración que por los animales, y muchas veces la usaba como alimento. La prueba más evidente de la ínfima condición de las mujeres en estas sociedades, es que ella es transferida como parte de la herencia á los parientes de su esposo, cuando este muere. Entre los Bellabollas, la viuda pasa al harem del hermano; entre los Zulús, la viuda pertenece al hermano del marido después de la muerte de este y así en otras tribus; de modo que las mujeres no son consideradas como seres humanos durante el tiempo en que son obtenidas por el rapto ó por la compra; ellas son las que constituyen la clase de esclavos en las sociedades primitivas, y la primera faz de la división del trabajo es la que se establece entre ellas y sus amos; la cual depende por una parte del despotismo absoluto de los hombres, y por otra de los obstáculos que presentan ciertas incapacidades de la mujer.

Entre esas razas, que como sabemos, son la mayor parte nómades ó casi nómades, uno de los oficios de la mujer es desempeñar el de bestia de carga; ella es la que trasporta siempre todo el equipaje, costumbre que se encuentra tanto en el Africa como en América y en la Oceanía, y en general todos los trabajos, para los que no las hacen incapaces la insuficiencia de sus fuerzas, su agilidad y su habilidad les son impuestos reservándose únicamente el hombre las ocupaciones que exigen cierta dosis siempre disponible de fuerza y de agilidad, tales como la guerra y la caza; es decir, que en el estado salvaje el sexo fuerte impone al debil todos los trabajos duros, y que con el progreso social la repartición de este, un poco dulcificada, toma caracteres especiales según las circunstancias.

Una de las causas del mejor tratamiento dado á la mujer fué sin duda la costumbre de obtenerlas en cambio de servicios prestados, lo que sucedía entre los Hebreos y sucede entre las tribus montañesas del Nepal; porque indudablemente, la mujer por cuya adquisición ha trabajado un hombre durante largo tiempo, tiene á sus ojos mucho más valor que una mujer raptada ó comprada, y el tiempo en que él mira á su prometida como su futura esposa, le hace nacer un sentimiento más elevado que el puramente instintivo.

Ya vimos en nuestro capítulo anterior la relación que existe entre el militarismo y la poligamía, y entre el estado industrial y la monogamía, que como dijimos es la forma más perfecta de la unión sexual, y una condición que precede al mejoramiento de la condición de la mujer.

Con el estado industrial comenzó la emancipación de la mujer; en él, los hombres dejan de considerarla ya como bestia de carga y les manifiestan cierta confianza y afecto, como sucede entre los Bodas, y los Lapones les guardan tanta consideración y respeto, como pueden guardárselos las naciones más civilizadas del globo.

El cambio de organización social ocasionado por el rapto, hizo desaparecer el tipo primitivo desde la aurora de los tiempos históricos, y estableció la posición subordinada de la mujer; de la cual, como he dicho, sólo empezó ella á emanciparse en la época industrial de los pueblos, y continúa gradualmente á medida que se desarrolla su progreso. Es debido á tan ingrata subordinación que la mujer es orgánicamente inferior al hombre, sobre todo desde el punto de vista del desarrollo cerebral, lo que está antropológicamente comprobado, y como la debilidad de los músculos se manifiesta en el espíritu,

es claro que la inferioridad femenina no es solamente física sino también moral é intelectual; por lo que la tarea de la sociedad actual, debe ser virilizar su cerebro por medio de una instrucción conveniente, y prepararla poco á poco á fin de que desempeñe á cabalidad la sublime misión que la naturaleza le ha confiado, y de que los corazones que formen sean el nido de los sentimientos más puros.

La superioridad brutal del hombre le hizo hacer de ella una bestia de carga, un animal doméstico, después esclava, más tarde sierva, y últimamente todavía se encuentra en la condición de menor, pero la civilización ha venido rompiendo uno á uno los eslabones de esta cadena y hoy comenzamos á ver sus nobles sienes coronadas con el laurel de la ciencia, y muy en breve la veremos gozando de la plenitud de sus derechos.

CAPITULO XIV

MORAL

Hasta aquí hemos venido ocupándonos en los fenómenos sociales; resta ocuparnos en los fenómenos psíquico–sociales, los cuales son producidos por la cooperación de los elementos sociales y de su influencia sobre el espíritu individual.

Por moral entendemos "*la convicción inculcada por el grupo social á sus miembros de que el género de vida que se les impone es el que les conviene.*

Teniendo en cuenta la influencia que ejerce el grupo social sobre el individuo, grupo en el que se encuentra la fuente de su pensamiento, pues él no puede pensar sino según las influencias de su medio social, tal como su cerebro las ~~encuentra~~, nos es imposible ocuparnos en la moral sin unirla íntimamente á la biología, y sobre todo á las propiedades fundamentales de las células nerviosas. /concentra

En los estudios hechos para determinar las relaciones entre la psicología y la sociología, y entre esta y la fisiología, se ha llegado á observar que la psicología no es otra cosa que un distrito de la biología; porque en el hombre y en el animal todo lo que es consciente, el saber, las impresiones, las sensaciones, los deseos, las pasiones, la comprensión, depende de las células nerviosas cerebrales de su funcionamiento.

La célula nerviosa es un aparato de impregnación, y guarda la señal de los actos verificados en ella, ya sean estos actos iniciaciones motrices, sensaciones, impresiones, ó percepción de ideas. De esta facultad de impregnamiento resulta que una suficiente repetición de actos nerviosos intra-celulares, provoca la formación de tendencias espontáneas, instintivas que pueden llegar á ser hereditarias.

De modo que los actos, á fuerza de repetirse, y las tendencias, á fuerza de persistir, llegan á ser una segunda naturaleza; de aquí que podamos decir que la moralidad es el respeto hereditario de la regla sobre las cuales reposa la existencia de una sociedad, y que sólo los pueblos que tienen ciertas reglas fijas de conducta, de las cuales no se apartan, sean los que hayan alcanzado cierto grado de moralidad.

En las sociedades primitivas no existe ninguna educación humana, de modo que la moral de nuestros antepasados era aun inferior á la de los chimpamzés, pues ni estos ni los gorilas se devoran entre sí, y el canibalismo ha sido el pecado original de todas las razas humanas.

Ese primer período de las sociedades humanas es lo que se llama la faz bestial de la humanidad; en la faz salvaje, en lugar de usar de los vencidos como alimento, usan de ellos como animales domésticos, y aunque la vida humana no merece ningún respeto, y el Jefe, el amo, el padre, el hombre en general, tienen un derecho de propiedad absoluto sobre sus súbditos, sobre el esclavo y sobre su mujer y sus hijos, la antropofagía es más restringida y sólo se vé en ciertos casos, ya por un acceso de furor ó de venganza, ya como un acto religioso ó jurídico, como sucede entre los indios Mejicanos y entre los Battas de Sumatra.

En la tercera faz, ó sea en la faz *bárbara*, el sentido moral se encuentra más desarrollado, las costumbres son

más humanas, y aunque la sociedad reposa aún en la esclavitud, el robo, el adulterio y el asesinato son considerados como crímenes sociales y severamente castigados.

En la faz actual, en la qne la humanidad presume de haber alcanzado un alto grado de civilización, aunque el barbarismo de la faz precedente se ha disminuido, está muy lejos de haber desaparecido, y se anida todavía en muchos corazones; de aquí la inmensa distancia que existe entre la moral predicada y la practicada.

La esclavitud está reemplazada con el arrendamiento de obra. El homicidio es condenado, y la opinión pública glorifica y exalta el que se practica en los campos de batalla, la ley impone la monogamía; pero la prostitución se acrecienta día por día, se elogia el desinterés. Lo que más seduce son las riquezas, porque lo que existe de más respetado, envidiado, deseado y solicitado es el dinero. La moral es mercantil.

Estos cuatro grados de la ética son ascendentes y penetran naturalmente el uno en el otro; las razas y grupos étnicos mejor dotadas han pasado por ellos. Los otros se han detenido ya en una, ya en otra de las faces dichas, cuando atestigua la historia y la etnografía.

Y cosa rara, ciertos actos de la moralidad mercantil son los primeros que se observan en el hombre, pues en medio del canibalismo, allí donde la vida humana se desprecia hasta el extremo de cebarse á los hombres, como á los ganados, para ser dedicados á la alimentación; allí donde los hombres, por hacerse notar, devoran sus mujeres asadas sobre el fuego que les han hecho preparar á ellas mismas, como el Vitiense Loti; allí donde se prueban las hojas nuevas en el pecho del primer transeúnte, como entre los Malesianos; allí donde se da muerte á sus mayores y se arroja la carne á los

perros para que puedan ser arrastradas en la vida futura por perros excelentes, como entre los kamtchadales; allí donde el mayor placer es dedicarse á la caza de cabezas humanas, como los Dayaks, no es raro encontrar probidad en las transacciones, y que se dé cumplimiento á la palabra empeñada.

Lo expuesto nos enseña que el hombre no es el sér divino, el sér superior cuyo reinado está aparte en la naturaleza, sino únicamente un animal del orden de los primates, pero el menos imperfecto y el más perfectible de los animales.

Anteriormente hemos dicho que todos los sentimientos humanos se encuentran, por lo menos, en estado embrionario en los animales. En estos como en la humanidad, toda vida social supone y exige cierto grado de interés y de mutualidad entre los coasociados por lo que vemos constantemente ejemplos de sacrificios por los demás de su grupo; así como rasgos de altruismo familiar y social; siendo de observar que el desenvolvimiento moral entre los animales, está lejos de coincidir rigurosamente con el rango gerárquico ocupado por la especie en la clasificación zoológica. Las hormigas y las abejas son universalmente muy superiores á los mamíferos y aún á las hordas primitivas; estos insectos han llegado á formar grandes sociedades en las cuales no existe la familia y sin embargo, los sentimientos del deber, el cuidado del interés público y la abnegación se han desarrollado en ellos hasta el heroísmo.

La moral, que es uno de los elementos fundamentales del carácter de los pueblos, siendo á su vez hija de él influye por demás en la grandeza de aquellos; ella es el resultado del desarrollo natural favorecido por los sentimientos y los pensamientos naturales y propiamente necesarios del hombre ; de aquí que podamos

distinguir en ella dos clases de elementos, el elemento natural y el elemento humano, el primero eterno é invariable mientras que el segundo varía, no sólo con el grupo sino también con el tiempo.

De aquí esa analogía que se encuentra en la moral de todos los pueblos, ese fondo común, que Gidding llama el espíritu humano; pues el proceso social es el mismo en todos ellos, y la moral es formada por ese proceso, y de allí también las diferencias que presentan no sólo los grupos diferentes sino un solo y mismo grupo en sus diversas épocas.

Al trabajo de esa sagrada legión de sabios que han dedicado los años más preciosos de su existencia al estudio de las ciencias naturales, de la etnografía y de la historia, es á lo que debemos el saber que las sociedades humanas se desarrollan al través de una serie de épocas graduales, y que la moral varía como la forma social, amoldándose á las necesidades de los pueblos. Ese sublime trabajo nos ha enseñado que todo evoluciona, y que la doctrina de la inmovilidad no es sino un sueño de los metafísicos.

La ciencia ha reivindicado todas las materias morales y psicológicas, y al aplicarle su método las ha vivificado.

Sólo á la evolución se debe que la moral sea tan relativa. Ella, como resultado del desarrollo natural, es una misma en todos los pueblos y tiene origen en las necesidades de estos; pero como las circunstancias exteriores ejercen tal presión sobre el hombre, que sus hábitos y costumbres dependen de ellas, estos hábitos y estas costumbres son las que vienen á establecer las reglas de conducta que constituyen la moralidad de un pueblo. La moral cambia á medida que cambian aquellas

circunstancias, y es tan diferente entre los diversos pueblos como las diversas zonas que ellos habitan.

En Venezuela, como en toda la América, tenemos las cuatro faces de la moral; desde la faz bestial de los motilones y cocinas, hasta la faz de la moral mercantil que practicamos nosotros.

CAPITULO XV

RELIGION

Tanto la religión como el lenguaje son dos fenómenos psíquicos sociales cuyos orígenes y desarrollo comprueban la teoría del poligenismo.

El origen de toda religión ha sido la creencia en la *vida futura*; para el hombre primitivo la idea de la muerte, del anonadamiento del sér, es inconcebible; él va hasta dudar de la muerte natural, pues muchos de ellos, como los Australianos y muchas tribus africanas, la atribuyen á brujerías ó maleficios, y en todo caso la consideran como un asesinato que es necesario vengar; así para el Australiano es un deber impretermitible vengar la muerte de los miembros de su familia en cualquiera persona que forme parte de una tribu vecina, y en el alto Nilo á todo el que se le encuentran yerbas ó raíces sospechosas cuando muere alguno de la tribu, se le mata inmediatamente.

El hombre primitivo no considera la muerte como fin de la existencia individual; él no ve en ella sino un accidente de la vida ; la considera como un sueño prolongado, durante el cual el espíritu se separa del cuerpo para continuar en otra parte una existencia invisible; de modo que para él la muerte es una metamorfosis, y es precisamente en la creencia de esa pro-

longación de la vida, en lo que descansa la moral religiosa.

La debilidad de la inteligencia del hombre primitivo y su gran amor por la existencia, le hacen inconcebible que un hombre deje de existir, y este hecho es una consecuencia de la facultad de pensar, pues si el hombre no fuera un organismo pensante, no le inquietaría lo que está más allá del alcance de sus sentidos.

De aquí que podamos definir la religión como *el conjunto de ideas que se forman en el espíritu humano sobre todas las cosas que el estado de sus sentidos no le permite comprender y explicarse, y que una invencible necesidad de su carácter le impone conocer.*

Estas ideas son tan poderosas y ejercen tal influencia en todas las sociedades, que ellas constituyen el elemento más importante de la vida de los pueblos. El nacimiento y la muerte de los dioses ha sido siempre el más trascendental de los acontecimientos históricos, pues todo cambio de religión impone un cambio de civilización.

La idea de la vida futura hizo que la imaginación humana creara un lugar á imagen y semejanza de la vida terrestre, adonde considera que van las sombras ó los espíritus de los muertos; porque la imaginación no hace otra cosa que vivificar y cambiar las impresiones sensitivas almacenadas por la memoria; y de aquí que ese lugar de permanencia de los espíritus, sea la morada de la felicidad ó del dolor, según que las acciones de los hombres necesiten recompensa ó castigo.

Los estudios etnográficos nos comprueban que el *culto de las almas* que Lipper considera como el origen de todas las religiones, sea una consecuencia de esa invencible necesidad del espíritu humano, de explicarse todo aquello que traspasa los límites de los dominios

de sus sentidos; pues esa misma vida futura no es otra cosa que la explicación que se da el hombre del fenómeno incomprensible de la muerte.

La falta de observación del hombre primitivo y lo mínimo de su facultad reflexiva hacen que todos los fenómenos naturales sean para él inesplicables, y su poca pericia para desenmarañar los fenómenos objetivos, le hace confundir sin cesar lo real y lo imaginario; y como no sabe distinguir lo animado de lo inanimado, dota de conciencia y de voluntad á todos los agentes naturales que lo favorecen ó lo perjudican; es deeir, antropoformiza ó zooformiza todo.

De aquí esa personificación que las sociedades primitivas hicieron y hacen de sus virtudes y de sus vicios; de aquí la personificación de los dos principios, el del mal y el del bien, que se encuentran en todas las religiones; y de aquí el origen de la Mitología de todos los pueblos y de todas las razas.

Los estudios etnográficos nos enseñan que la creencia en esos seres imaginarios llamados dioses, no es tan universal como generalmente se cree, pues existen hombres que debido al estado bestial en que se encuentran no profesan todavía ni siquiera el culto de las almas, como son los Boskimanos y los Hotentotes, entre los cuales la religión es casi nula; y los sabios cuya cultura intelectual ha alcanzado el mayor grado de desarrollo, están por sobre todas esas creencias.

La evolución mental del culto y del sacerdocio, ha sido análoga en todas las sociedades.

En las hordas primitivas, no existen aún ni templos, ni sacerdotes, ni ritos. Creen que sus bosques están llenos de espíritus malignos, á los cuales insultan y maldicen cuando se desencadena alguna tempestad; insultos y maldiciones que se cambian por presentes en

la faz salvaje, pues en esta los hombres consideran ya que la ira de esos seres puede ser más fácilmente apaciguada con ofrendas y genuflexiones.

Es en esta segunda faz de la humanidad en la que se edifican templos, y nace, como consecuencia de estos, el sacerdocio. A los dioses, creados á imagen y semejanza del hombre, se les atribuyen las mismas pasiones y las mismas necesidades que á este, y se les construyen humildes cabañas para que descansen, en las cuales les ofrecen diversas clases de alimentos para que se nutran.

Estas cabañas, que son los primeros templos levantados á Dios, tienen sus guardianes elegidos siempre entre los miembros de la tribu, que poseen el privilegio de comunicarse con los espíritus y de servir de medium entre estos y los hombres.

Función tan elevada da á estos individuos una superioridad tal en la tribus que muy en breve se les ve invadir todas las demás funciones, y son los árbitros de las sociedades humanas.

Es indudable que el hombre ha creado los Dioses; pero una vez creados, se ha convertido en su esclavo, porque ellos le procuran un estado de espíritu que ninguna otra cosa puede procurárselo; ellos le hacen feliz, y es este el fin que debe perseguir toda sociedad, pues de lo contrario estaría destinada á perecer.

De aquí esa gran influencia que ejercen todas las religiones en la vida de los pueblos, tanto en la política, como en sus artes y en su literatura; y de aquí que el menor cambio de creencias en un pueblo tenga forzosamente por consecuencia una serie de transformaciones en su vida.

Esto nos enseña que donde quiera que existen hombres, tan pronto como se despierta en ellos esa

fuerza irresistible que los lleva á explicarse lo que traspasa el dominio de los sentidos, existe una religión; y como una vez realizado este hecho, el hombre encuentra en él cierto grado de bienestar, persevera en él, hasta hacer de su propia creación una fuente de consuelo; por eso, la religión durará tanto como la humanidad, y por eso sólo pequeño número de hombres no la profesan, aquellos cuya inteligencia es tan inferior que no han podido crearla y aquellos cuya inteligencia ha alcanzado tal grado de superioridad que está por encima de toda ficción.

La religión, como la moral, tiene sus faces evolutivas, el culto de las almas, la formación de los Dioses, y el culto y el Sacerdocio.

Entre los hombres primitivos los sentimientos de sus Dioses eran tan feroces como los de ellos mismos, y de aquí esas sangrientas hecatombes que la creencia religiosa ha costado á la humanidad; estos sentimientos fueron siendo cada vez más benévolos, y las súplicas y las prosternaciones han venido poco á poco á reemplazar los sangrientos sacrificios y las cuantiosas ofrendas.

Los estudios históricos nos enseñan lo lento de la marcha evolutiva de la religión, y aunque esta no presenta una dirección constante en su proceso, podemos asegurar, en virtud de esa tendencia innegable del espíritu humano de simplificarlo todo para comprenderlo mejor, el triunfo del monoteísmo.

En las hordas primitivas, así como en las razas históricas, predomina el politeísmo, debido en las primeras á ese espíritu de antropomoformizar y zoomormizarlo todo, y en las razas históricas, al proceso social, que sabemos que comienza y se desarrolla con el contacto de los elementos étnicos heterogéneos y cuyas divinidades

sobreviven á ese contacto, aunque con relación de dependencia y de superioridad entre sí.

En la marcha evolutiva de la religión encontramos, en verdad. una alternativa entre el politeísmo y el monoteísmo; pero los verdaderos benefactores de la humanidad, los insignes y superiores seres que la humanidad produce, aunque muy raras veces, los sublimes privilegiados que derraman sobre los pueblos toda especie de consuelo y les abren las puertas de la felicidad, han predicado siempre el monoteísmo.

Esos seres, como Confucio, Budda, Moisés, Sócrates, Jesucristo, hacen surgir de las amargas y terribles luchas de la vida, encantadoras quimeras, que ocultando al hombre el lado oscuro de su destino, le hacen soñar tan sólo con una vida de eterna felicidad y de eterna dicha, y es precisamente en la existencia de esa vida eterna en lo que se apoya la moral religiosa.

Hoy las mejores ideas religiosas han perdido definitivamente la mayor parte de su poderío, y por consiguiente el edificio social que ha descansado sobre ellas cruje ya en sus cimientos y empieza á bambolear; porque la ciencia que todo lo ilumina nos enseña que la única religión es la del deber, y que el Juez más severo del hombre debe ser su propia conciencia, á la cual debe rendir siempre cuenta de sus actos.

CAPITULO XVI

EL LENGUAJE

Los estudios biológicos nos enseñan que toda impresión fuerte en el animal como en el hombre se traduce por movimientos reflejos, y sobre todo por la contracción laringea que produce el grito, el canto ó la articulación ó palabra.

Bajo estas tres formas, que sufre la voz en los animales, al desarrollarse, pueden expresarse sus sentimientos y sus pasiones de una manera perfectamente distinta é inteligible; y por consiguiente, bajo esas tres formas puede existir el lenguaje, es decir, la comunicación y el cambio de ideas entre los seres, el llamamiento y la respuesta.

Sólo el hombre añade al grito y al canto el lenguaje articulado ó la palabra; razón por la cual, en el estado actual de la humanidad, la palabra es una excelente característica del género hombre; pero no ha sido así desde los primeros tiempos, pues la palabra ó lenguaje articulado es producido por una serie de movimientos de la lengua. los que son producidos á su vez por la acción del músculo adherido al apófisis geni, y el hombre de la época cuaternaria de Neardental ó cheleno carecía de dicha apófisis, y por consiguiente del lenguaje articulado. Importante descubrimiento este, que es la prueba de la

existencia de un nuevo grado intermediario entre el hombre actual y el antropopitecus, entre el hombre actual y los monos antropoides. De modo que podemos asegurar que el hombre comenzó sin el uso de la palabra, y que ésta ha venido desarrollándose poco á poco hasta alcanzar el grado de perfeccionamiento que tiene hoy en los pueblos civilizados; pues entre los pueblos inferiores no existe aún sino un lenguaje articulado muy rudimentario.

Esa tendencia innata á conservarse, que impulsa al hombre á comunícarse con sus semejantes y á cambiarse reciprocamente sus pensamientos, ha sido la causa del lenguaje y la fuerza misteriosa que ha obrado sobre él de una manera progresiva, regular y constante, hasta llevarlo á alcanzar el grado de perfeccionamiento de que hemos hablado.

Impulsado por esa fuerza el hombre que manifestó su primera impresión por medio del grito, tan sólo avanzó con éste el llamar la atención de su compañero sin poder hacerle comprender su pensamiento con los sonidos incomprensibles que tan sólo era capaz de emitir, por lo que tenía que ocurrir á los signos y á los gestos para alcanzar su propósito, y cuando debido al azar el sonido emitido correspondía con el objeto deseado y este hecho llegaba á repetirse para el mismo objeto un número suficiente de veces, quedaba establecida para interpelante é interpelado la relación entre el sonido y el objeto que él representaba, relación que á fuerza de repetirse termina por impresionar más, de tal manera que consideramos que entre la palabra y el objeto que ella indica existe cierta unión intelectual y una relación necesaria, lo que está comprobado con la observación de la naturaleza del hombre, que es siempre semejante; así vemos que el niño para designar ciertos objetos se vale

de balbuceos incomprensibles, que á fuerza de repetir obliga á sus padres y á todos los que lo rodean á adaptar como nombres para los objetos que él desea sus balbuceos. A proporción que crece termina por servirse de las palabras que la lengua ha adoptado.

De todo lo expuesto se deduce que la designación de una palabra para expresar una misma idea, es la resultante de los esfuerzos que hacen dos individuos por lo menos, para comunicarse entre sí, y como este acuerdo es tan difícil en un grupo de hombres que viven en comunidad, debido á las múltiples tentativas que hacen para realizarlo, y por consiguiente al gran número de vocablos conque expresan cada idea, los hombres que se encuentran en el estado primitivo no llegarían á comprenderse, si no fuera por lo limitado de su comprensión y de su concepción.

Las lenguas, como la humanidad, son poligenésicas; y de la misma manera que la primera ha comenzado por un gran número de bandas, fué por un número considerable de lenguas que los hombres primitivos comenzaron á expresar sus ideas; y á medida que las relaciones entre estas se multiplican y que la humanidad se desarrolla, ciertas lenguas desaparecen sin dejar vestigios de su existencia, otras pasan á la categoría de lenguas muertas, mientras que cierto número sobrevive, y extendiéndose más y más no cesan de afirmar su poderío.

CAPITULO XVII

PROPIEDAD

La propiedad es un hecho sociológico destinado á modificarse incesantemente, como todos los hechos sociológicos, á medida que el espíritu humano se perfecciona por la evolución, á medida que el sentimiento de la justicia es más delicado y que la solidaridad social es más estrecha.

El sentimiento de la propiedad existe tanto en los animales como en el hombre, nace tan pronto como estos saben distinguir los objetos que les agradan de los que les disgustan; y se manifiesta por la inclinación á apropiarse aquellos y á rechazar estos.

Como la vida se manifiesta por una continua integración y desintegración de células, en las cuales las gastadas por el trabajo son reemplazadas, gracias á la asimilación de nuevas moléculas orgánicas y minerales; y como en los animales la tendencia orgánica á reparar las pérdidas que continuamente sufre el organismo, se advierte por una necesidad que excita en ellos el deseo de introducir en su organismo lo que es necesario para su consecución, la primera aplicación de la energía del grupo animal es necesariamente la busca, captura ó producción de alimentos nutritivos, y la satisfacción de la necesidad nutritiva produce en ellos un placer.

De aquí que todos los animales traten de apropiarse el alimento, y de que el sentimiento de la posesión y de la propiedad sea una consecuencia de la obligación de satisfacer la necesidad nutritiva, lo cual tiene que hacer bajo pena de muerte.

Todo esto nos demuestra que cuando los hombres se han reunido por cualquier circunstancia, la posibilidad de perpetuar su reunión depende de la calidad y cantidad de los recursos que los rodean; y que la concurrencia étnica impone, bajo pena de extinción á cada grupo, la obligación de progresar indefinidamente, y de darse una organización cada día más sabia, y por consiguiente más conforme con la equidad.

El sentimiento de la propiedad crece y se diversifica á medida que crecen y varían los objetos apropiables; él nace de la tendencia á poseer todas aquellas cosas que sirven para satisfacer la necesidad del hambre, y como estas son cosas muebles, son ellas las primeras sobre las que se manifiesta el sentimiento de la posesión, y por lo tanto es con relación á las cosas muebles como hace su primera aparición el derecho de propiedad; por lo que podemos asegurar, que la propiedad individual de bienes muebles, correspondiendo á las necesidades naturales y necesarias de la vida, ha existido desde que existe el hombre.

Entre los habitantes de la Isla del Fuego, cuya principal despensa es el mar, sólo se consideran como propiedad de cada uno, los utensilios de pesca; y entre los Tasmanienses, la propiedad individual se limitaba á los instrumentos de caza y á todos los objetos muebles; pero en ninguna de estas sociedades primitivas se encuentran trazas de la propiedad individual del suelo. La primera forma del derecho de propiedad sobre este, fué la explotación común ejercida por la horda.

En la Tasmania cada tribu tenía delimitado el territorio en donde podían cazar todos sns miembros. En el Africa ecuatorial la facultad de cultivar el suelo está sujeta al capricho de cada cual. Entre los mongoles sólo se reconoce la propiedad de los rebaños, y en general en todas las sociedades primitivas el territorio es siempre poseído en común por toda la tribu.

Las primeras manifestaciones de la propiedad individual del suelo, comienzan con la explotación, hecha por las familias, de las partes que les eran adjudicadas; como sucede entre los Cafres, entre los cuales el territorio pertenece á la tribu, pero no es explotado en común. Todos los años los Jefes distribuyen entre las diferentes familias una parte de terreno cultivable, y estas las explotan aisladamente y viven de su producto. Los Damaras consideran la tierra como propiedad común, y el primero que se establece en un lugar es tenido como su dueño mientras permanece en él. Entre los Kussos, cada cual establece su siembra en donde le conviene más. En la Nueva Zelandia, la tierra pertenece á toda persona libre que forma parte de la tribu, y el cultivo da cierto derecho que no destruye el de la comunidad. En Sumatra el cultivo confiere una propiedad temporal. En el Perú las tierras se dividían en tres partes, las del Sol, las del Inca y las del pueblo, y aún en la culta Europa encontramos todavía trazas de la comunidad del suelo; entre los esclavos meridionales, se consume en común el fruto del trabajo agrícola, mientras que el del trabajo industrial es de propiedad individual; los *allmend*, que consisten en que la comunidad de los habitantes de cada aldea posea la tierra y reparta su cultivo entre sus miembros en diversas épocas, abundan todavía en Suiza, y también encontramos el *mir* en Rusia.

De modo que la propiedad territorial no es sino una ficción jurídica; porque ella no es una consecuencia de los hábitos naturales y necesarios del hombre, desde el momento en que no es el resultado de la aplicación de su actividad á la busca, captura ó producción de alimentos, ó sea de su trabajo.

Razón por la cual en las sociedades primitivas se hace imposible determinar la parte de terreno que corresponde á cada individuo; mientras que es fácil distinguir sus derechos sobre los objetos muebles y sobre las habitaciones que construyen, por ser unos y otros el resultado del trabajo.

Comprobado como está que las sociedades primitivas vivían bajo el régimen de la comunidad del suelo, ¿cómo ha podido establecerse la propiedad individual de este?

Es indudable que sólo la fuerza, desde cualquier punto de vista que se observe, es la causa de la propiedad individual del territorio; pues sólo la fuerza puede obligar á los miembros de una sociedad á ceder el derecho de gozar en común la tierra que habitan.

Desde su aparición, la agricultura sugirió la idea de la propiedad individual, pero esta se limitó al usufructo; al primero que cultivaba el suelo le pertenecía todo lo producido por tal cultivo, lo que no era otra cosa que el resultado de su trabajo; pero la propiedad de la superficie continuaba siendo de comunidad; sólo la guerra pudo destruir esta forma de derecho de propiedad del suelo, y sustituirlo por el derecho absoluto de propiedad de un conquistador.

En la antigüedad clásica de Grecia y de Roma, existía también la propiedad en común, no obstante que ya en Esparta el suelo era explotado por sus antiguos habitantes, á quienes sus conquistadores habían

despojado de todo derecho y sometido á la triste condición de ilotas. Y antes de la conquista romana el régimen de la comunidad existía en toda Europa.

La marcha triunfal de las águilas imperiales de aquel gran pueblo, cambió la faz de la organización social y estableció la propiedad quiritania en todos los países, llevando el derecho de propiedad individual hasta considerarlo como el derecho de usar y de abusar de su cosa; no obstante lo cual el antiguo derecho de la comunidad formuló siempre una reserva.

Al triunfo de las armas romanas sucedió el sistema feudal que tenía por base la conquista y hacía pasar á las manos del Jefe victorioso la propiedad de todos los países conquistados.

Este, como dueño absoluto de todo aquello que dominaban sus huestes, concedía á sus compañeros de armas porciones del territorio usurpado; quienes á su vez los hacían cultivar por los *siervos de la tierra*, triste condición á la que se reducía á los vencidos. Tal régimen duró hasta la emancipación de las comunas, la cual cambió la condición de los siervos de la tierra, haciéndolos gozar de cierta autonomía, hasta que suprimido el sistema feudal, la propiedad individual quedó definitivamente constituída con todos los atributos que corresponden á la propiedad; aunque no de todo punto idéntica á la propiedad moviliaria, cuya diferencia consiste principalmente en la dificultad de movilización.

Este estudio nos enseña que la propiedad territorial ha venido evolucionando constantemente en provecho del egoísmo individual, y como la evolución, y una evolución progresiva, es para las sociedades una condición de existencia y ella nos lleva á la perfecta libertad individual por el establecimiento del colectivismo, una reacción contra el sistema actual ha comen-

zado ya con el establecimiento de las sociedades cooperativas, reacción que, sin dejar de respetar la propiedad individual, la llevará indudablemente por una serie gradual de sabias medidas, á no ser sino un usufructo vitalicio obtenido en recompensa de la inteligencia, de los esfuerzos útiles y de los servicios prestados á la sociedad en general.

CAPITULO XVIII

LA SOCIEDAD

Nada en la naturaleza, después del misterio de la vida, ha preocupado tan profundamente la imaginación del hombre como la sociedad, á la que podemos considerar como una organización producida parte por una evolución inconsciente ó física, y parte por el resultado de un plan consciente ó psíquico. El fundamento físico de la sociedad es la agregación, á la cual secunda siempre la asociación, que es un proceso psíquico que comienza por las simples faces del sentimiento y de la percepción, y que la actividad desarrolla al través de numerosas complicaciones hasta que pone en acción las más altas facultades del espíritu.

La idea de sociedad implica la de concurso activo, pues sólo existe estado social allí en donde los seres dotados de más ó menos sensibilidad, de voluntad y de inteligencia, persiguen juntos un fin común ; de aquí que en una acepción más estrecha y más rigurosa del vocablo sociedad, cada grupo de individuos reunidos, ya sea espontánea, ya voluntariamente, bajo el imperio de ciertas circunstancias y de ciertas necesidades que tienen por mira uno ó varios intereses comunes, se llama una sociedad, acepción que no debemos confundir con la lata y científica, según la cual ella es un grupo de

seres conscientes, presas de un desenvolvimiento incesante, en el cual la agregación termina por establecer relaciones definidas que el concurso del tiempo transforma en una complexa y durable organización.

La sociedad, considerada por Spencer como un organismo, se nos presenta en un grado superior, por el mismo hecho de ser en parte el resultado de un plan consciente y tener como función el desenvolvimiento de la vida consciente y la creación de la personalidad humana.

Vemos que en la más estrecha acepción de la palabra sociedad, esta significa un grupo de hombres que persiguen un fin común, y desde este punto de vista se pueden distinguir diversas formas de sociedades; nosotros nos ocuparemos de las sociedades naturales, las cuales se diferencian entre sí por el carácter, pues su origen y sus tendencias son siempre los mismos.

Las sociedades comienzan por pequeños agregados que son las comunidades de las hordas primitivas, las cuales se desarrollan ya por la multiplicación del grupo, ya por la unión de dos grupos distintos, y también por la unión de grupos formados ellos mismos por la reunión de otros.

Al ocuparnos en el proceso social, vimos que con el contacto de dos grupos sociales heterogéneos comenzaba la evolución social, y que la obligación forzosa de satisfacer sus necesidades impulsa al hombre á sacar partido no sólo de la naturaleza, sino también de las fuerzas humanas; de aquí que los dos principales factores del proceso social sean la satisfacción de las necesidades por medio del esfuerzo de los demás, lo que produce el dominio de un grupo sobre otro, y el principio de la organización social.

De las relaciones que se establecen entre la clase dominante y la dominada, es de donde nace esa lucha interna á la que se deben las diversas faces sociales porque han pasado las naciones civilizadas: de la antropofagía á la esclavitud, de la esclavitud al feudalismo, del feudalismo al arrendamiento de obra, y del arrendamiento de obra á las sociedades cooperativas.

Diversas faces son estas, que nos dejan ver, de la manera más evidente, que el proceso evolutivo de la sociedad tiende á hacer desaparecer las desigualdades artificiales entre los hombres, no dejando en pie sino las que descansan en las diferencias de los méritos individuales.

CAPITULO XIX

SOCIALISMO E INDIVIDUALISMO

El socialismo y el individualismo son las dos doctrinas por las cuales se ha pretendido resolver la importante cuestión que domina la Sociología, ó sea las relaciones entre el individuo y la sociedad.

El socialismo considera que la organización de las sociedades modernas adolece de ciertos vicios incurables que las harán perecer infaliblemente, si no se procede á cambiar de una manera radical su organización actual.

El ve la fuente de todos esos vicios en la propiedad individual del suelo y de los productos naturales, y se esfuerza en hacer ver que el establecimiento de tal sistema tiende á sacrificar el interés general en aras del interés particular.

Los diferentes medios propuestos por los partidarios de esta doctrina para salvar la sociedad de su ruina infalible, los han dividido en socialistas revolucionarios y socialistas científicos, estando estos más de acuerdo con las ciencias modernas, al considerar, como consideran, que la sociedad cambia y se transforma indefinidamente hasta alcanzar un grado de perfeccionamiento en el cual, si la propiedad individual no está completamente suprimida, por lo menos se encuentra muy reducida.

Los diversos ensayos hechos por los socialistas para mejorar la clase obrera, les han enseñado que el fin de esta doctrina debe ser procurar la mayor libertad individual, en vez de subordinar el individuo á la colectividad, como han pretendido hacerlo hasta hoy.

El individualismo considera que el fin del individuo está en él mismo, que tanto de hecho como de derecho él posée un valor propio y una existencia autónoma, y que el ideal social consiste en la más completa libertad individual.

Es indudable que debido á los esfuerzos de los socialistas es que se ha llegado al establecimiento de las sociedades cooperativas, instituciones que tienden á devolver al hombre su completa autonomía, la cual le fué arrebatada por la fuerza.

Las teorías científicas que han batido en brecha todos esos errores que han mantenido hasta hoy al individuo absorbido por la comunidad, y que han hecho penetrar hasta en los más oscuros recintos protegidos por el odioso celo de la tiranía su refulgente luz, nos enseña que las sociedades marchan á su perfeccionamiento, el cual consiste en devolver al individuo la completa libertad individual; de modo que todas las teorías socialistas tienden hoy al engrandecimiento de la personalidad.

Esas sociedades cooperativas que emancipan á las mayorías del dominio de las minorías, que libertan al proletario de la tiranía del capital, que estimulan al hombre á desarrollar sus energías para ayudar á los demás ayudándose él mismo, que le enseñan que el objeto de la aplicación de su actividad económica debe ser la satisfacción de sus necesidades, y no la persecución de un provecho, que le enseñan á moralizar las relaciones económicas por la supresión de la falsificación de los obje-

tos, del fraude, etc. y á suprimir todos los modos de explotación del hombre por el hombre, y que hacen desaparecer por consiguiente todas las causas de los conflictos humanos, formarán indudablemente de la humanidad la futura República cooperativa.

FIN

OBRAS DE CONSULTA

—

CH. LETOURNEAU.—La Sociologie.
IDEM.—L'Evolution de la Moral.
IDEM.—Science et Materialisme.
GUMPLOWICZ.—Précis de la Sociologie.
IDEM.—La Lutte de Races.
H. SPENCER.—Principios de Sociología.
DE ROBERTI.—La Sociologie.
COMBES DE LESTRADE.—Elémentes de Sociologie.
G. LE BON.—L'Evolution des Peuples.
G. DE MORTILLET.—Le Prehistorique.
J. D'AGUANNO.—Génesis y Evolución del Derecho Civil.
FR. H. GEDDINGS.—Principios de Sociología.
G. PALANTE.—Precis de Sociologie.
CH. GIDE.—Principes d'Economie Politique.
CH. WIENER.—Viajes por la América del Sur.
DR. CREVAUX.— ,, ,, ,,
FCO. DE MICHELENA.—Exploración Oficial.
A. CODAZZI.—Geografía de Venezuela.
RAMÓN MENA.—Informes.
VIDAL ACOSTA OVALLES.—Informes.

INDICE

			Pág.
Dedicatoria			I
Algunas líneas			III
Capítulo	I	Definición	1
Id.	II	Método de Sociología	5
Id.	III	Fenómeno social	9
Id.	IV	Proceso social	11
Id.	V	Elementos sociales	13
Id,	VI	Razas	17
Id.	VII	Horda primitiva	23
Id.	VIII	La Tribu	27
Id.	IX	Nación Etnica	49
Id.	X	Estado	59
Id.	XI	Matrimonio	65
Id.	XII	La Familia	73
Id.	XIII	Condición de la Mujer	79
Id.	XIV	Moral	83
Id.	XV	Religión	89
Id.	XVI	El Lenguaje	95
Id.	XVII	Propiedad	99
Id.	XVIII	La Sociedad	105
Id.	XIX	Socialismo é Individualismo	109

ERRATA

En la página 93, línea 31, dice *zoomoormizarlo:* léase *zoomoformizarlo.*

CARACAS
«TIPOGRAFIA UNIVERSAL»
(Madrices á San Jacinto, No. 4)

Editado bajo la inmediata dirección del señor Eliseo de Arambúru, representante del dicho establecimiento tipográfico.

1904

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00021548988